

P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

**SAN VICENTE FERRER,
APÓSTOL DE EUROPA**

SAN MILLAN DE LA COGOLLA

2018

SAN VICENTE FERRER, APÓSTOL DE EUROPA

Nihil Obstat
Padre Ricardo Rebolleda
Vicario Provincial del Perú
Agustino Recoleta

Imprimatur
Mons. José Carmelo Martínez
Obispo de Cajamarca (Perú)

LOGROÑO

2018

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN

- 1.- Sus padres y hermanos.
- 2.- Su infancia y juventud.
- 3.- El demonio.
- 4.- Perseguido.
- 5.- Austeridad.
- 6.- Compañía de penitentes y convertidos.
- 7.- Los judíos.
- 8.- Los musulmanes.
- 9.- Muerte de sus familiares.
- 10.- Cisma de Occidente.
- 11.- Predicador apostólico.
- 12.- Carismas
 - a) Profecía.
 - b) Conocimiento sobrenatural.
 - c) Resplandor sobrenatural.
 - d) Perfume sobrenatural.
- 13.- Hechos extraordinarios.
- 14.- Curaciones.
- 15.- Su muerte.
- 16.- Maravillas después de su muerte.
- 17.- Su canonización.

CONCLUSIÓN

BIBLIOGRAFÍA

INTRODUCCIÓN

La vida de san Vicente Ferrer estuvo influenciada por varios factores importantes a nivel mundial y especialmente europeo. La peste negra, que se extendió por todas partes, golpeó con fuerza a Europa entre 1346 y 1361. Según algunos historiadores, murió la tercera parte de la población europea. Según otros sería el 50%. Esto afectó la sociedad entera y en concreto a los conventos. Según el historiador de la provincia dominicana de Aragón, padre Francisco Diago, perdieron 510 religiosos y sólo quedaron vivos 130. Esto influyó en el decaimiento moral de la vida religiosa y en una quiebra económica de las Casas religiosas.

Por otra parte estaba la guerra de los cien años entre la parte inglesa de Francia y la parte francesa, que duró más de cien años a partir de 1337.

Otro punto importantísimo del relajamiento eclesial fue el ocasionado por el Cisma de Occidente (1378-1417), cuando había dos y hasta tres *Papas* con el consiguiente desprestigio de la misma Iglesia y con pérdida de autoridad y decaimiento de la disciplina religiosa. Todo esto lo vivió en alguna medida san Vicente (1350-1419).

Para reparar tantos males. Dios suscitó como un profeta viviente a nuestro santo, que recorrió durante muchos años ciudades y pueblos de España, Italia, Francia, Inglaterra, Irlanda y Escocia, haciendo milagros por doquier. Su obra todavía permanece viva, no solo en Valencia, su tierra natal, sino en los lugares en que predicó.

Invoquemos con fe y esperanza su protección con la seguridad de que está vivo e intercede por nosotros.

Nota.- *Proceso* se refiere al Proceso de canonización de san Vicente Ferrer, donde dan testimonio quienes fueron testigos presenciales de sus predicaciones y milagros. Citamos la edición del Ayuntamiento de Valencia del 2007.

De particular interés es la obra *Vida de San Vicente Ferrer, apóstol de Europa*, del gran historiador José **Teixidor**, en dos tomos, edición del Ayuntamiento de Valencia, 1999.

Otra obra importante es *La vida e historia del apostólico predicador San Vicente Ferrer*, escrito por Vicente Justiniano **Antist**, Valencia, 1575.

1. SUS PADRES Y HERMANOS

Sus padres eran buenos cristianos y muy generosos con los pobres y necesitados. Su padre fue Guillem Ferrer, notario público, hombre muy religioso, que, cuando su esposa Constanza Miquel estaba de parto, perseveraba en oración hasta tener aviso de haber nacido el niño. Entonces iba a la casa, tomaba al niño, lo bendecía y pedía al Señor que lo colmase de su gracia. Dios bendijo a estos piadosos padres con ocho hijos, tres varones y cinco mujeres.

De sus hermanos, Pedro Ferrer fue casado y de vida muy buen cristiano. Bonifacio Ferrer también fue casado, y cuando murió su mujer, entró de monje cartujo en el monasterio de *Porta Coeli* cercano a Valencia. Llegó a ser el General de la Orden de los Cartujos, varón preclaro y notable. Y *tanto fray Vicente como su hermano fueron elegidos para declarar quién debía suceder en el reino de Aragón tras la muerte del rey Martín. Y con otros varones sapientísimos designados para esto, declararon que don Fernando, infante de Castilla*¹.

2. SU INFANCIA Y JUVENTUD

Vicente Ferrer nació el 23 de enero de 1350 en Valencia (España) y fue bautizado en la parroquia de San Esteban protomártir de la misma ciudad. Cuando tenía seis años sus padres lo mandaron a la escuela y superaba a sus compañeros en el aprendizaje por su inteligencia. No era amigo de jugar con los otros niños y, más bien, *acostumbraba a subir a un poyo y, juntando a otros niños de su edad, relataba algunos pedazos de los sermones que oía a los predicadores y los refería con gran energía, de modo que los dejaba admirados. Mezclaba sus ademanes de espíritu y devoción, como si fuera de veras, felicísimo pronóstico de los grandes bienes que después había de lograr con su predicación apostólica*².

Siendo Vicente de nueve años, ya era conocido en toda Valencia por su don de hacer milagros. *Miguel Garríguez, especiero, cuyo hijo Antonio, de cinco años enfermó de unas malignas apostemas en el cuello en el año 1359, le pidió al padre del futuro santo que enviara a su hijo a su casa para que el contacto con sus manos curase a sus hijo Antonio. Entró en ella nuestro santo con sus nueve años y, no solamente le tocó las llagas, sino que se las lamió con su lengua, y con solo este remedio el niño quedó repentinamente sano... Un hijo de*

¹ Proceso p. 175.

² Teixidor, tomo 1, p. 59.

este Antonio certificó en 1461 el milagro y dejó sobre la puerta de su casa una escritura auténtica del mismo ³.

Teniendo 12 años era ya un buen gramático y comenzó el curso de Artes en 1362. En dos años salió aventajado lógico y filósofo, excediendo a todos sus compañeros. Después aplicó su talento al estudio de la teología y logró en poco tiempo un feliz resultado. Teniendo 17 años y 13 días vistió el hábito dominico en Valencia, pero su madre, sintiendo su ausencia de casa, se vino al convento con ánimo de disuadirle de su vocación, asegurándole que también en casa de sus padres podía dedicarse a piadosos ejercicios y servir a Dios, pero él se mantuvo firme.

El 5 de febrero, fiesta de santa Águeda, en 1367, tomó el hábito dominico. Su año de noviciado lo pasó sin problemas que señalar y, admitido a la profesión, la hizo solemne el 6 de febrero de 1368 en manos del Prior fray Mateo Benecasa.

En 1370 los Superiores lo destinaron a Lérida, donde entonces estaba el estudio de Lógica. Pasado un año, lo nombraron lector (profesor) de Lógica en el mismo convento de Lérida. Y mientras estudiaba las ciencias humanas, él se dedicaba a la oración para pedir a Dios que lo iluminara en los estudios y comprendiera la Sagrada Escritura. En una ocasión le preguntaron, siendo ya predicador, de dónde sacaba tan insignes doctrinas. Y él contestó, mostrando un crucifijo: *Es mi mejor libro, en el que hallo casi todo lo que predico*.

En 1372 fue destinado al convento de Barcelona para estudiar Sagrada Escritura y allí permaneció hasta 1375, a la vez que daba clases de Filosofía. En Barcelona se hizo gran conocedor de la Biblia y de la lengua hebrea. En 1375 fue trasladado a Valencia. Pero es digno de anotarse que, estando en Barcelona, donde había mucha escasez de alimentos y siendo todavía diácono, predicó en la plaza en marzo de 1375 y les dijo, inspirado por Dios: *Barceloneses, quiero que seáis agradecidos a Dios por el beneficio que os ha hecho, pues antes del anochecer arribarán a esta playa dos grandes naves cargadas de trigo con que seréis socorridos* ⁴.

En 1376 fue enviado a Toulouse a estudiar teología y al año siguiente fue de nuevo enviado a Valencia, pero antes de despedirse de esa ciudad, fue a visitar las reliquias del doctor Angélico, santo Tomas de Aquino. En 1380, con 30 años de edad, fue ordenado sacerdote en Valencia. En 1388 consiguió el título de

³ Vidal y Micó F., *Historia de la portentosa vida y milagros del valenciano apóstol de Europa San Vicente Ferrer*, Valencia, 1735, p. 16.

⁴ Teixidor, tomo 1, p. 86.

Maestro en teología por la universidad de Lérida. Entre 1385 y 1390 fue profesor de teología en la catedral de Valencia.

3. EL DEMONIO

“Un vecino de Valencia tenía muy probada del demonio una hija de catorce años de edad y, solicitando su remedio, resolvió llevarla a la presencia del santo. El espíritu pésimo que la agitaba, resistíase terco; pero a su despecho la llevaron, haciendo el protervo espíritu mil problemas, con grande gritería y tumulto. Puesta la muchacha a los pies del santo, preguntó el varón de Dios al espíritu malo: *¿Con qué motivo te has introducido en esta doncella?* A lo que respondió: *Hará como siete años que yo con otros compañeros entramos en casa de su padre con ánimo de moverle a tal cólera que matase a su mujer. Ésta se santiguó y se encomendó a Cristo y a su Madre, y con esto nos cortó las fuerzas; y entonces, enfurecidos por haber perdido el lance, dimos tan recia batería a la casa, que sus moradores creyeron que se desplomaba. Santiguáronse todos menos esta doncella y, como la oí desarmada, entré de presto en ella.*

Oyendo esto le dijo el santo: *Basta, el permiso del Altísimo se acabó. Sal de esta criatura al momento y sin replicar; y sea por el lugar más feo que tú sabes y no le hagas daño en ninguna parte del cuerpo.* Respondió el demonio: *Bien te llamaron Vicente, pues no puedo resistirte.* Salido de ella, dejó allí un hedor infernal de piedra azufre y a la doncella libre, pero muy desmayada. Mandó el santo a su padre que se la llevase, que la hiciese confesar y que le enseñase la doctrina cristiana”⁵.

Predicando el santo en la villa de san Mateo, el demonio quiso impedir su predicación. “Fue así que, tomando la figura de un ermitaño venerable, de hábito penitente y barba crecida, se introdujo en la villa y con fingida modestia pudo atraer la estimación de muchos. De aquí pasó a querer tiznar los créditos y opinión del santo como que enseñaba doctrina poco segura y poco conforme a la Ley de Dios y así que se retirasen de oírle. Algunos ya se apartaban de su Compañía y hubiera pasado el daño más adelante, si los del gobierno no hubieran tomado remedio, echando mano del fingido ermitaño y echándolo a la cárcel... Al otro día se quiso dar al ermitaño un ejemplar castigo. Mandaron a los ministros al calabozo, que al presente llaman aún (calabozo del diablo) para que lo trajeran al tribunal. Fueron por él pero ya no le hallaron y solamente toparon la cadena y los grillos. Y el santo, sonriendo moderadamente, les dijo: *No había que maravillarse, porque aquel aparente ermitaño no lo era en realidad, sino un*

⁵ Teixidor, tomo 1, p. 319.

verdadero demonio que en aquel traje había querido impedir el fruto de la predicación ⁶.

“Predicando un día de Cuaresma de 1413 en la Plaza de la Leña, apareció en el aire tanta muchedumbre de crecidos cuervos, graznando sobre el concurso de la gente, que como espesa nube cubrían la luz del sol. Conoció luego san Vicente que aquellos aparentes cuervos eran en la realidad demonios disfrazados. Y haciendo contra ellos la señal de la cruz santísima, les dijo: *Partíos luego de aquí al lugar merecido que se os esta aparejado*”. ⁷¡Cosa rara! Al imperio de esta voz, tomaron el vuelo y desaparecieron, sin quedar ninguno.

“A 8 de marzo de 1411 volvió san Vicente de Lorca a Murcia y se detuvo hasta Pascua y en este medio tiempo acreditó su predicación con maravillas y prodigios. Predicaba el domingo de Ramos en la plaza a más de diez mil personas y en medio del sermón se aparecieron tres feroces caballos: negro el uno, el otro pálido y rojo el tercero. Estos brutos, echando espuma por sus bocas y dando horrorosos relinchos, arremetieron a la gente con tales coces y bocados, y moviendo tal polvareda, que atemorizado el auditorio, buscaba por donde huir. Contúvole el santo diciendo: *Confiad en Dios y no les temáis. Armaos con la señal de la cruz, que estos brutos que veis no son en realidad, sino demonios con esa apariencia*. Volvióse luego hacia aquellas fieras y díjoles: *Os mando de parte de Jesucristo que os salgáis de la ciudad y sea sin daño a nadie*. Obedecieron mal de su agrado los malos espíritus y, corriendo primero por la ciudad, se salieron por la Puerta que mira al mediodía. Declaró luego el santo el enigma de aquella visión, diciendo al pueblo: *Buen ánimo, hijos, y no os dejéis engañar del demonio. Estos que en figura de caballos habéis visto, tiranizaban la ciudad y rabiosos de que se hayan estos días arrancados vicios y sembrado buena doctrina, intentaban dañaros. Pero ya gracias al Señor se han ido, bien que han dejado algún rastro, de que procede estar ahora ofendiendo a Dios una doncella a quien su madre no ha querido traer al sermón*. Entendió la madre y, saliendo a prisa entre la gente, halló en su casa a su hija pecando con un hombre. Cególa tanto el enojo que no pudo disimular la desgracia y, como una leona, volvió al lugar donde predicaba el santo y dijo gritando: *Verdad dijiste santo de Dios. He hallado a mi mala hija como tú decías* ⁸.

“Un día, estando fray Vicente predicando, le presentaron a un endemoniado, el cual, habiendo abjurado y siendo rociado con agua bendita, se lavaba la cara con la misma agua, diciendo estas palabras: “Ah!, ¡qué buena es

⁶ Teixidor, tomo 1, pp. 403-404.

⁷ Teixidor, tomo 1, p. 394.

⁸ Teixidor, tomo 1, p. 340.

esta agua!”. Viendo y oyendo esto el Maestro Vicente pensó que esa agua no debía estar bendecida, y en seguida mandó que le trajeran agua, la bendijo y roció con ella al endemoniado; de repente, el demonio salió de él”⁹.

“En Pollensa, predicando el santo en el campo, se oyeron lastimosas voces de un niño como si se hubiese despeñado del monte vecino y, al mismo tiempo, gritos de gente que se lamentaba de la desgracia. Él dijo a todos: *Nadie se mueva, porque esas voces son del demonio para impedirnos oír el sermón.* Con esto cesaron las voces y el auditorio se sosegó y continuó con atención el sermón. Otras veces aparecía el demonio en forma de animal y atravesaba el auditorio para descomponerle y, a la señal de la cruz que hacía el santo, desaparecía”¹⁰.

“Una noche, después de Maitines estaba el santo orando delante de un altar de María santísima. Se le apareció el demonio en forma de uno de los antiguos Padres del yermo, con su barba hasta la cintura, y le dijo: *No extrañes fray Vicente que te visite, que el afecto que te tengo y la lástima que me da tu porte tan austero, me obliga a venir del cielo y darte luz del verdadero camino. Yo soy uno de los célebres monjes de Egipto, que poblaron sus soledades; en mi mocedad fui disoluto, di a la sensualidad cuanto apeteció. Después temiendo una muerte arrebatada e improvisa, traté de mudar de vida retirándome al desierto. Y como había saciado el deseo, quedé enfadado de los deleites caducos y ayudándome Dios, emprendí y proseguí felizmente la penitente vida de los anacoretas y alcancé del Señor cuanto quise. En vista de esto te aconsejo que, si deseas llegar a la perfección y hacer en tu senectud una vida santa, no te aflijas ahora en la flor de tu edad con tanta mortificación. Nadie, tarde o temprano, deja de incurrir en algunas liviandades; y éstas más vale te acontezcan en la juventud, que en la vejez.*

Oyendo el santo consejo tan infernal, fácilmente conoció al fingido ermitaño. Armóse con la señal de la cruz y con los nombres de Jesús y de María, y le dijo: *Dios es y será mi amparo en la mocedad y en la senectud, y a Él tengo consagrada mi vida por entero. Tú desfalleciste en el principio, cerrando con obstinación la puerta de tu voluntad a la luz divina que en ti rayaba en el primer instante de tu creación, despeñándote tu soberbia a las tinieblas eternas.* Viéndose descubierto el demonio, huyó confuso, dando pavorosos aullidos, y molesto de verse tan profundamente vencido de nuestro santo joven. El mismo santo reveló este caso a algunos religiosos, rogándoles por Dios con rigurosos preceptos que a nadie lo dijeren; pero ellos, juzgando ser indigno que hecho tan memorable se sepultara en el olvido, lo divulgaron por toda la ciudad. El altar de

⁹ Proceso p. 124.

¹⁰ Teixidor, tomo 1, p. 413.

María santísima ante el cual oraba el santo estaba entonces en la pilastra que media entre las capillas de santo Tomás de Aquino y san Pedro mártir.

Estando otra noche orando después de Maitines delante del altar del Crucifijo vio al común enemigo en forma de un etíope de feroz aspecto, que le decía: *Yo te armaré tales lazos, que no obstante tu oración y penitencias, quedas torpemente vencido y enredado en el vicio.* Respondióle con intrépido ánimo san Vicente: *Yo confío me asistirá la divina gracia, y así no temo tus astucias ni fuerzas.* Replicó el demonio: *No siempre te asistirá, que es de muy pocos persistir en esa gracia, y cuando Cristo te deje, viéndote atollado en el vicio, conocerás lo que yo puedo.* Pero a esto el santo, armado de fe y confianza humilde, respondió: *No falta Dios a los que con humildad desconfían de sí, confiando sólo en su Majestad. Y así, habiéndome franqueado su gracia para empezar, fío me la concederá por su infinita misericordia para perseverar en su servicio hasta morir.* Armóse luego con la señal de la cruz e invocando el dulce Nombre de Jesús; arremetió contra el demonio, que al punto desapareció corrido"¹¹.

4. PERSEGUIDO

San Vicente fue perseguido por el demonio y por otros seguidores del mal espíritu, que querían matarlo o desprestigiarlo. Para ello acudieron a varias estratagemas.

“Fray Egidio Morelli declaró que un tal Spinareta había oído contar a uno de la Compañía de fray Vicente, llamado Mila, que el Maestro había llegado a un valle, llamado *Vallputa*, situado en el ducado de Saboya, donde había algunos infieles, y allí predicó la palabra de Dios. Aconteció que dichos infieles, endurecidos por el espíritu maligno, pusieron insidias de noche a fray Vicente, y en la casa en que descansaba con sus acompañantes subieron al tejado con espadas y lanzas, y descubrieron la casa y la estancia en donde iba a descansar, y con ello creían que podrían matarlo. Pero, por la gracia de Dios, no pudieron. Y, así, dos o tres veces lo quisieron matar y no pudieron. Así lo contó Mila, que estuvo presente y lo vio ¹².

Bernardo de Prats nos dice: “Fray Vicente decidió marchar de la ciudad de Lérida para ir a la ciudad de Balaguer, del principado de Cataluña. Mientras estaba en camino, acompañado de su Compañía, vio a lo lejos a mucha gente bien armada y, volviéndose a los que le acompañaban, dijo: *Mirad a aquellos que*

¹¹ Teixidor, tomo 1, pp. 100-101.

¹² Proceso p. 38.

vienen hacia nosotros armados para matarme: son los alcahuetes de las meretrices convertidas. Sus acompañantes decían que iban a defenderle hasta la sangre contra esos armados. Sin embargo, el Maestro Vicente no quiso que hicieran nada, antes les pidió que se apartaran, mientras él esperó a dichos alcahuetes armados. Al acercarse, les hizo la señal de la cruz; hecha la cual, los alcahuetes dejaron rápidamente las armas y fueron a reverenciar al santo y, convertidos a la buena vida, le siguieron como los demás de su Compañía. Interrogado sobre los testigos, dijo el declarante que toda la Compañía así lo vio como él, y especialmente fray Jacobo de María y fray Valilara y fray Pedro de Carbonella, de la Orden de Predicadores, que estaban con el padre Vicente”¹³.

En otra ocasión, una mujer trató de hacerlo pecar. Inés Hernández, mujer hermosa en el cuerpo y fea en su alma, atezada con el fuego de la lujuria, se enamoró con tanto extremo del santo, que casi impotente de refrenar su pasión, se fingió enferma para lograr por ese medio su malvado intento, que no era menos que dar fuego y abrasar aquel elevado y frondoso cedro del Líbano de la Iglesia, en cuyas ramas y apacible sombra hallaban su abrigo y fresco, como misteriosas aves, muchas almas que educaba y dirigía hacia el celestial paraíso el hombre de Dios.

Acudieron médicos a la fingida enferma; aplicáronle varios remedios, pero como ni estos aprovechaban, ni aquellos entendiesen su dolencia, perseverando ella en desusados extremos y afectadas congojas, pasaron los que la asistían a decirle que les daba cuidado su enfermedad y así que tratase de confesarse. Convino fácilmente Inés, no por confesarse, sino por ser éste el medio único que el demonio le sugirió para lograr la pasión que en ella había encendido y dijo: *Que le llamasen al siervo de Dios fray Vicente Ferrer.* Acudió al punto, llamado el santo, sin presumir el lazo que el demonio le tenía armado. Entró en el cuarto, persuadiendo a la enferma se recogiese algún tiempo para componer las cosas de su alma, invocando a Dios en su auxilio; y desocupando los asistentes la pieza, quedaron solos el santo y la enferma. Ella disimuló un rato, y cuando iba a significarle el incendio de su torpe amor, le ahogaban las voces el natural rubor de su sexo, respondiendo sólo a la exhortación que le hacía el santo para que hiciera una buena confesión. Pero finalmente, atizando el demonio el fuego, y depuesto todo temor, acompañando las voces con muchas lágrimas, habló así al santo: *Sabed, fray Vicente, que yo no estoy enferma en el cuerpo, sino en el corazón y en el alma, y si tú no te compadeces de mi gravísima pena, ten por cierto que en breve me acabará la muerte. Un año ha que viendo tu gentileza y hermosura quedé de tal suerte enamorada, que no sólo experimento abrasarme con las llamas del interior incendio, sino que su furor me ha traído a término de quitarme la vida con mis propias manos. Quise muchas veces significarte mi*

¹³ Proceso p. 163.

amorosa pasión y me detuvo el natural empacho y rubor del sexo, y mucho más me horrorizaba y retraía la consideración de tu santidad y de tu inocencia; reputando por maldad execrable mi deseada propuesta. A nadie he descubierto esta finísima aficción que te tengo, reservándola hasta esta ocasión, en que fingí estar enferma con el fin de verme contigo a solas, en que sin perder tu crédito puedas gozar a tu placer de mi grande hermosura, dando así principio a que entre los dos haya para siempre una indisoluble correspondencia. Y viendo que sus torpes palabras nada movían al castísimo santo, procuró darlas actividad con acciones muy deshonestas y arrojando la sábana expuso su cuerpo a sus castísimos ojos.

Asombrado el santo de tan torpe arrojo, llamando a Dios en su corazón, le afeó su hecho y con severidad le dijo: *Desde mis tiernos años ofrecí al Señor mi cuerpo y mi alma, y por voto solemne me obligué a guardar perpetua castidad, así abomino todo amor carnal y terreno.* Dicho esto, salió del cuarto huyendo cual otro casto José de su lasciva señora, quedando Inés más abrasada del desprecio que de las llamas de su amor impuro; quiso dar voces y fingir que el santo había intentado manchar su honor feamente, para dejarle afrentado y que luego se divulgase por la ciudad. No pudo lograr el demonio esta su pretensión, porque al querer arrojar la primera voz, se quedó como muda ¹⁴.

5. AUSTERIDAD

El padre Vicente era muy austero. Apenas comía algo al mediodía. Vestía ropa usada, nunca nueva, y sobre todo, se daba disciplina todos los días para aplacar la cólera de Dios sobre los pecadores. *No bebía vino, ni comía carne, apenas dormía en lecho y, si lo hacía, descansaba muy poco a no ser sobre una tabla y vestido. Si se le ofrecía dinero, no quería aceptarlo ni tener varios vestidos. Alguna vez la gente quería besarle sus manos y arrancar los pelos de su asno y romper su capa o su túnica o sus vestidos y esto, les decía, que era idolatrar y obrar contra los mandamientos de Dios* ¹⁵.

Aun con 70 años seguía ayunando todos los días excepto los domingos, dos días a la semana a pan y agua. En la noche no tomaba cosa alguna, sino alguna vez un poco de lechuga para refrescar en tiempo de mucho calor o para componer el pecho y la voz. Este ayuno lo observó por espacio de 40 años. Dormía vestido con el hábito y hasta su última enfermedad no durmió en cama. Su descanso se reducía a dormir sobre las desnudas tablas o sobre manojos de sarmientos reclinando la cabeza en una piedra o sobre la Biblia. Antes de

¹⁴ Teixidor, tomo 1, pp. 104-105.

¹⁵ Proceso p. 42.

acostarse tenía una hora de oración con muchas lágrimas y luego tomaba una severa disciplina. Veintidós años caminó siempre a pie, desde el año 36 hasta el 58 de su edad, cuando tuvo una llaga en la pierna y le fue preciso valerse de un humilde jumento en los últimos 12 años, es decir, desde el año 1407 hasta el 1419 en que murió. *Montaba en un burrito con albarda y sin freno con asientos de madera atados con cuerdas.* Afirma el padre Pedro de Colomberio que *dos veces le vio caer con el asno en tierra, aunque sin hacerse herida alguna* ¹⁶.

Antonio Curulis certifica: *Estando el padre Vicente Ferrer en Génova predicando y celebrando misa todos los días, habitó unos ocho días en su casa y queriendo escrutar la vida del siervo de Dios, muchas veces y con frecuencia lo vio durmiendo por la noche sobre una tabla desnuda, teniendo la Biblia bajo su cabeza en lugar de almohada. Lo vio, además, orando con lágrimas durante más de una hora y, después, dándose a sí mismo una disciplina con su correa, cosa que hacía todos los días. Cuando celebraba misa, tanto en Génova como en otros lugares de la Ribera, cuando tenía el Cuerpo de Cristo, lloraba ampliamente hasta que lo tomaba con máxima devoción* ¹⁷.

6. COMPAÑÍA DE PENITENTES Y CONVERTIDOS

“Para mover a penitencia los corazones de las gentes y pueblos por los cuales iba predicando, inventó un uso muy notable, y fue que a los pecadores públicos, cuando se convertían de la mala vida, les mandaba hacer pública penitencia, de tal manera que fuese mayor el ejemplo que entonces daban a los prójimos, que no el escándalo de antes. En las tardes hacía salir una procesión de los conventos de la Orden, o cuando no, de otras iglesias, en la cual se iban disciplinando aquellos penitentes y otros muchos que por su devoción se juntaban con ellos, vestidos de ciertas formas que no se les viese la cara como se usa aquí en Valencia el Viernes Santo. Iban en esta procesión frailes y clérigos y seglares, ricos y pobres, doctos e indoctos, nobles y gente común, sin precedencia alguna de las honras del mundo, apartadas empero las mujeres de los varones. Que no sólo los hombres se animaban entonces a la penitencia, mas también la mujeres, y lo que más es de maravillar, los niños de cuatro años que apenas saben andar delante de los varones, llevaban un crucifijo, y delante de las mujeres una imagen de Nuestra Señora, con su Hijo muerto en los brazos. Era tanto el uso de esta penitencia, que por donde pasaba el Maestro Vicente, los

¹⁶ Proceso p. 35.

¹⁷ Proceso pp. 183-184.

plateros y otros oficiales tenían puestas tiendas de disciplinas, como si fuese entonces feria de azotes. No se disciplinaban estos penitentes así como quiera, sino con tanto rigor y denuedo que la sangre llegaba a tierra, y en algunos de ellos era tanto el dolor que tenían de sus delitos, que era menester quitarles los azotes de las manos porque no se matasen. Un padre provincial de la tercera regla de San Francisco deponen en el proceso que él lavó muchas veces, siendo menor edad, las ropas de estos disciplinantes y que halló hartas veces en ellas pedazos de carne, tan grandes como un dedo. Y aún estos disciplinantes dando voces al cielo, y diciendo en valenciano, según la instrucción del Santo: ¡Señor Déu Iesu Christ misericordia! Ciertamente que era grande la misericordia que Dios usaba con ellos, en darles tanta contrición de sus pecados, que sin orden ni medida se castigasen lo que fuera de toda orden le habían ofendido”¹⁸.

“Algunos ejemplos. Ardía la ciudad de Vique en bandos con frecuentísimas muertes violentas, pero luego que el santo predicó el viernes 31 de mayo de 1409 el primer sermón, se mudaron tanto los corazones, que al fin de él se perdonaron: seis muertes a la tarde del mismo día, el domingo 2 de junio tres y otras seis después del sermón del lunes, día 3 de junio. Y para que la paz fuese más segura, las mismas partes ofendidas hicieron entre sí una discretísima Concordia, que entre otros testigos firmaron el Maestro fray Antonio Fuster y fray Jofré de Blanes, discípulos del santo, que cooperaron no poco a las paces”¹⁹.

Juan Eximenii declaró: *Cierto día, predicando el Maestro a la muchedumbre, se levantó de la turba —como otra Marta— una mujer que le dijo: “Reverendo Maestro, yo, dolorosa, tenía un hijo legítimo, de noble origen, y fuerte y recio de cuerpo, que estando una vez en una riña fue herido mortalmente por los enemigos, quienes se lo llevaron; le buscaron médicos y todo lo necesario y llegó a curarse; pero, luego, para mayor venganza y gloria suya, le cortaron la yugular y, así, me vi privada de mi hijo. Sin embargo, por amor de Dios, yo perdono al que lo mató”. Entonces se levantó el que lo había matado, pidiendo perdón. Y la madre le dijo: “Yo te perdono, y pido a Dios que te perdone”.*

El mismo testigo vio a muchos hombres que, habiendo escuchado la predicación del Maestro Vicente, despojados de la camisa y con cirios de cera encendidos en las manos, hicieron penitencia, pidiendo perdón delante de todo el pueblo. Era tanta la mutua remisión de los pecados, que la realidad de entonces era mayor, sin comparación, a la fama de hoy²⁰.

¹⁸ Antist, pp. 128-129.

¹⁹ Teixidor, tomo 1, p. 284.

²⁰ Proceso p. 77.

“Entre los grandes frutos que de su predicación admiró la Villa de Perpiñán, fue muy señalada la conversión de un famoso pecador llamado Bercoll, hombre poderoso y rico y de vida deshonestísima. Pero con la predicación del santo quedó tan contrito y arrepentido de sus enormes y escandalosas culpas, que, no contento con los ordinarios ayunos y sangrientas disciplinas que practicaban los de la Compañía de san Vicente, vendió su grueso patrimonio, repartió el precio entre los pobres y, desnudo de todo lo temporal, se retiró a la soledad; y en una ermita se dio de lleno a la penitencia y a la oración, y acabó santamente su vida”²¹.

Gracias a su predicación muchos pecadores se convirtieron y se apartaron del mal y después hicieron el bien; entre los cuales algunos recibieron el hábito de penitentes y otros entraron de religiosos. Para oír confesiones traía siempre consigo entre los penitentes un grupo numeroso de clérigos y sacerdotes, que le ayudaban en todo lo que podían como sacerdotes.

No faltaban algunos que criticaban a los que iban en su *Compañía* y que en las procesiones se disciplinaban, es decir, se daban latigazos en señal de penitencia. Los criticaban como si fueran de la secta de los flagelantes que en otros tiempos habían hecho muchos excesos y se habían apartado de la doctrina oficial de la Iglesia, pero san Vicente los defendió, porque ellos eran obedientísimos a la Iglesia y frecuentaban los sacramentos y sus sacrificios eran fruto de su arrepentimiento y expiación de sus pecados.

7. LOS JUDIOS

Nuestro santo convirtió a muchos judíos, explicándoles las Escrituras en su texto hebreo. *No fueron pocos los judíos a los que el santo convirtió en Tortosa. Subía un día a predicar y quedóse un grande rato como en suspenso en el púlpito. Extrañábalo el auditorio y movióse en el concurso un género de rumor, pero acudió luego el santo diciendo: “Hermanos, no extrañéis mi silencio, que estoy aguardando la gracia de Dios”. No bien acabó de decir estas palabras, cuando llegó una crecida tropa de judíos, que se convirtieron todos luego que se concluyó el sermón. Y de aquí se entendió que la gracia que esperaba el santo era la moción del Espíritu Santo, quien le trajo aquellas almas, disponiéndolas para que en ellas hiciese presa la Palabra de Dios. Y añade en el Proceso un testigo que dispuso Dios que el concurso dejase desocupado todo el terreno y sitio alrededor del púlpito que ocuparon para oírle predicar los judíos; y estos, preguntados quién los había hecho venir al sermón,*

²¹ Teixidor, tomo 1, p. 442.

respondieron que nadie, sino que ellos sintiéndose en su corazón movidos, espontáneamente habían venido ²².

En Perpiñán, en un solo día, por sus predicaciones, sesenta casas de judíos se convirtieron a la fe de Cristo. El testigo vio a algunos de ellos en la ciudad de Toulouse, de quienes se decía: “Estos son los convertidos por el Maestro Vicente en Perpiñán” ²³.

“En 1414, en la ciudad de Daroca, en Aragón, predicando el Maestro el día de Corpus Christi, tuvo tanta gracia e influencia y virtud de Dios en su sermón que, después del mismo, se convirtieron y fueron bautizados ciento diez judíos, de los cuales él bautizó a algunos, y la sinagoga judía fue hecha iglesia cristiana, bajo el título de la Conversión de San Pablo, y cambió el nombre de aquella judería, y la llamó “Nueva”, la cual hasta el día de hoy existe y persevera, bajo la religión cristiana.

Dijo, además, que en Aragón, en la villa de Alcañiz, en la frontera, donde había máxima judería, gracias a la predicación del Maestro, todos los judíos de la villa se convirtieron a la fe católica y fueron bautizados, entre los cuales hubo uno, gran rabino de los judíos, convertido y bautizado, que en el bautismo fue llamado por su devoción Jerónimo, varón muy letrado en la Ley y los Profetas, que conocía profundamente el Talmud, el cual, después de su conversión, comenzó a predicar a los judíos y también a los cristianos en muchas partes de Aragón; y por sus predicaciones convirtió a la fe a muchos judíos, y los hizo bautizar.

Además, cuando Benedicto XIII, el Papa Luna, convocó a los principales de entre los judíos de Aragón para debatir ante él sobre la fe y el advenimiento del Mesías, dicho Maestro Jerónimo estuvo presente en el debate; y en la defensa de la fe y la religión cristiana atosigó tanto a los rabinos y sabios judíos, que muchos de ellos se convirtieron a la fe. Añadió el testigo que el mismo Jerónimo se convirtió por la predicación del Maestro Vicente, y que es el padre natural del señor Pablo, en la actualidad obispo de Siracusa.

Asimismo, en España, en el Reino de Castilla, y en la ciudad de Segovia, dijo que había una gran judería, en donde había judíos en gran multitud, los cuales todos se convirtieron y bautizaron gracias a las predicaciones del santo ²⁴.

²² Teixidor, tomo 1, p. 422.

²³ Proceso p. 70.

²⁴ Proceso pp. 164-165.

Guillermo Portas nos dice que vio que los judíos, tanto hombres como mujeres, de doce o catorce años en adelante, excepto los ancianos y enfermos, cada día, a la aurora, eran llevados por uno o dos oficiales reales, para que nadie los injuriase, al lugar donde el Maestro Vicente debía predicar, y ocupaban un lugar cerca del púlpito, para que lo oyeran mejor y estuvieran con mayor seguridad y honestamente. Entre los judíos había algunos llamados “Rabí”, esto es: “Maestro”, en hebreo. Y también vio el testigo que el Maestro Vicente, muchas veces, cuando en el púlpito alegaba algún texto o autoridad del Antiguo Testamento, después de la cita del texto en latín, decía estas palabras u otras semejantes: “Y tú, judío, tienes esto en tu Biblia, en tal capítulo”. Y hablaba hebreo.

En cierta ocasión, en la iglesia de los Predicadores, vio que el Maestro Vicente predicaba un sermón en el que, entre otras, alegó una autoridad del Antiguo Testamento, apoyando la fe católica contra la opinión de los judíos — citándola en hebreo— y entre otras cosas dijo que se admiraba de que los judíos, que eran maestros en hebreo, entendieran erróneamente aquella autoridad. Entonces se pusieron de pie tres o cuatro rabinos, maestros de la Ley de los judíos, que estaban sentados ante el púlpito y, con el ánimo airado, dijeron al Maestro Vicente que su razonamiento era falso, y que el texto no se entendía según él. Por lo cual se hizo un gran alboroto entre la gente que estaba escuchando el sermón. Y fue impuesto el silencio por los oficiales del rey, a petición del Maestro Vicente, quien pidió a los rabinos que fueran a su casa o a la iglesia, después de comer, o al día siguiente, y les mostraría cómo él alegaba bien la autoridad y ellos la entendían mal. Acabada la discusión, continuó su sermón.

Después de dos o tres días, el Maestro Vicente, en el lugar y hora predichos, predicaba su sermón, en el que narró lo sucedido a los maestros o rabinos y cómo dichos rabinos vinieron a él, a quienes demostró que él había aducido correctamente el texto, y ellos entendían mal las citas y autoridades.

Y que estos rabinos lo confesaron así al Maestro Vicente en su casa, en su celda. Y delante del rey de Aragón, padre del rey que ahora reina, quien los había multado por haberse insurreccionado. Habiendo narrado estas cosas, el Maestro Vicente preguntó a los maestros que estaban presentes, si era verdad lo que estaba diciendo. Los rabinos, puestos en pie, dijeron públicamente ante todo el pueblo, que sí, a saber, que él había alegado bien y ellos mal y que lo habían reprendido indebidamente. Y le pidieron perdón, perdonándolos humildemente. Y vio que después de esto, muchos judíos se hicieron cristianos y recibieron el sagrado bautismo, lo cual cree fue debido a su predicación²⁵.

²⁵ Proceso pp. 140-141.

Los judíos se admiraban de su profundo conocimiento de la Biblia y de la lengua hebrea y cómo convertía a muchos. Ciertamente había en la sociedad una hostilidad contra los judíos debido a sus inmensas riquezas y a los excesos cometidos. Y no faltaron ocasiones en las que el pueblo enfurecido y fuera de control realizó masacres de judíos inocentes. El santo era de la opinión que los judíos debían vivir en ghettos separados de los cristianos para no contaminarlos con sus doctrinas. También era partidario de que fueran obligados a ir a sus sermones para poderles exponer claramente la fe cristiana y hacerles ver sus errores. De esta manera pudo convertir a varios miles de ellos e incluso a algunos moros, aunque muchos menos.

8. LOS MUSULMANES

Todos los lugares de Valldigna (Valencia) estaban poblados de moros. El santo predicó y logró la conversión de Azmet Hannaxe, alfaquí, doctísimo y muy estimado de los moros, como también la de su mujer y de todos sus hijos. Quedó tan agradecido al beneficio que mediante la predicación del santo le había hecho nuestro Señor que, después de estar bien catequizado en el bautismo, quiso llamarse Vicente Ferrer. Salió no solamente buen cristiano, sino defensor tan acérrimo de nuestra santa fe que se ofreció a predicarla no sólo a los moros sino también a los cristianos. Como era seglar y como tal no podía predicar públicamente, solicitó que los Jurados de Valencia le impetrasen facultad de Benedicto XIII para lo dicho. Los Jurados le escribieron una carta en latín el 12 de octubre de 1413 a Benedicto XIII. Por haberse convertido siendo alfaquí y en atención a su pobreza, el abad don Luis Rull, con su comunidad, ofreció darle cada año para su sustento y de su mujer e hijos mil sueldos y otras cosas ²⁶.

“El rey moro de Granada, noticioso de las grandes virtudes y milagros de fray Vicente, quiso conocer y tratar varón tan admirable. Mahomet Aben Baluá,

²⁶ Teixidor, tomo 1, pp. 383-384.

príncipe mahometano, era entonces rey de Granada, el cual envió sus embajadores y salvoconducto, pidiéndole con instancia beneficiase su reino y pasase a su Corte sin reparo alguno. Aceptó el santo gustoso a la petición de Mahomet y sin perder tiempo emprendió el viaje... Tomó el camino de Granada, obtenida licencia del Sumo Pontífice. Arribó a aquella Corte, cuyo Soberano lo recibió con muchas demostraciones de agrado y benevolencia, dándole permiso para que franca y libremente predicase el santo Evangelio y la Ley de Jesucristo. Con este indulto empezó el valenciano apóstol a predicar las excelencias y verdad de la cristiana doctrina, así en presencia del rey como separadamente al pueblo, con tal energía y espíritu apostólico, que al tercer sermón ya el rey estuvo reducido y llegó a desear el santo bautismo, que al mismo le pedían también las turbas moriscas. Pero estando el santo catequizándolas en la doctrina cristiana para pasar a bautizarlas, trastornó el demonio el juicio del rey por medio de sus morabutos y alfaquíes que le sugirieron un miedo cervical, haciéndole creer que si se hacía cristiano o permitía que libremente se predicase la fe cristiana, corría gran riesgo de perder su reino con alguna furia popular o conspiración universal. De aquí, atemorizado el rey, llamó a nuestro santo y con buen término, le pidió se restituyese a los países cristianos. Ejecutólo con brevedad el santo y no tardó la divina justicia en dar el castigo al rey Mahomet, quitándole la vida el 11 de mayo del siguiente año 1408”²⁷.

Don Sancio de la Maurelia declaró: *Fray Vicente aplacó muchas sediciones en las ciudades de cristianos y oyó que en seis meses convirtió a más de 15.000 sarracenos y judíos en las partes de Castilla y Aragón. Estuvo presente y vio cuando aplacó las predichas sediciones, igualmente cuando convirtió a los judíos a la fe cristiana en Cataluña y Aragón*²⁸.

*Luis de Cataldo, de Barcelona, certificó en tierras valencianas redujo a la fe católica a sarracenos en número copioso y en las partes de Aragón infinitos judíos. Dijo que estuvo presente, lo vio y oyó*²⁹.

Algunos hablan de la conversión de 8.000 moros y 25.000 judíos.

9. MUERTE DE SUS FAMILIARES

Sus padres fallecieron en el tiempo que discurre desde el año 1394 hasta mediado 1396 poco más o menos, revelándole Dios al santo sus felices tránsitos a tiempo que ejercía sus apostólicas misiones por la Corona de Aragón, aunque

²⁷ Teixidor, tomo 1, pp. 269-270.

²⁸ Proceso pp. 159-160.

²⁹ Proceso p. 168.

con certeza no consta el lugar fijo en que predicaba. El de su padre Guillem se lo reveló así: “Cantando, según su costumbre la misa, presente el rey de Aragón don Juan I, súbitamente se derritió en copiosas lágrimas. Notólo el rey y concluido el sermón, le preguntó el motivo. Respondió que nacían sus lágrimas de haberle revelado Dios, cómo en aquella hora había fallecido su padre en Valencia y pasádose a la Gloria. Así también, predicando en otra ocasión a un numeroso concurso en medio del sermón se tornó a llorar agriamente. De allí a un poco enjugóse los ojos y calló un ratillo para que el corazón se le sosegase, después mostró grande alegría y dijo públicamente: *Gracias a mi Dios que, aunque me he entristecido mucho por la muerte de mi madre, que en este mismo punto ha expirado en Valencia, me ha querido consolar revelándome cómo los santos ángeles la han llevado al cielo y puesto entre los bienaventurados.* Anotaron algunos muy bien en qué día y hora lo había dicho, y hallaron ser muy grande verdad, porque no tardaron muchos días de llegar cartas de Valencia que lo confirmaron.

Los cuerpos de Guillem y de Constanza fueron enterrados en la sepultura propia de la familia Ferrer, que estaba en el claustro mayor del convento de Predicadores de Valencia, junto al pie de su antiguo campanario y contigua a la capilla del apóstol san Bartolomé, cuya puerta da paso del dicho claustro al coro. Fueron después trasladados a la capilla de su santo hijo, que labró el convento ³⁰.

Otra vez, “estando el santo en Toledo, uno de los días (año 1407), celebrando misa solemne y teniendo en las manos la hostia consagrada, le reveló el Señor la muerte de una hermana suya doncella que, a esa misma hora, había fallecido en Valencia. Acabó la misa y empezando el sermón dio noticia al concurso de lo que el Señor le había revelado. Comprobóse en breve la revelación y se supo que había muerto en la misma hora que había dicho su santo hermano. Esta doncella fue una de las hermanas que con el hábito de san Francisco vivía en un beaterio con otras religiosas de la Tercera Orden de san Francisco” ³¹.

Cuando murió su hermana Francisca Ferrer en 1410, estaba cantando la misa y se le apareció ella, soportando grandes tormentos en el purgatorio y le rogó que se apiadase, porque debía padecer por muchos años. Había estado casada con un mercader y tenía en casa un esclavo negro, que, tentado por el demonio, “viéndose una noche solo en casa con la señora, intentó mancharle el honor y para precisarla a convenir en sus torpes deseos, la amenazó de muerte, poniéndole un puñal a los pechos. Francisca, constituida en tal angustia con ruegos y lágrimas, procuró desviar el ánimo del negro, de operación tan perversa,

³⁰ Teixidor, tomo 1, p. 10.

³¹ Vidal y Micó, p. 136.

ofreciéndole la libertad si cesaba de su malvado intento; pero ni lágrimas ni ofertas bastaron a refrenarle, logrando la fuerza y violencia lo que de otra suerte fuera imposible. Quedó la desgraciada Francisca tan afligida del caso, que, encerrándose en un cuarto de la casa, se estuvo tres días sin comer anegada en un mar de lágrimas. De aquí dando lugar a la ira y abriendo puerta a la venganza de su deshonor, pasó a maquinarse cómo matar a su vilísimo esclavo; y lo ejecutó muy en breve, dándole en la comida veneno. Este homicidio abrió brecha a otros pecados más graves, porque sintiéndose preñada del esclavo y recelando no se trasluciese su desgracia entumecido el vientre, con infamia suya y con peligro de su vida, tomó medicina para abortar y con ella mató y abortó la criatura que ya estaba animada. De aquí le creció la vergüenza y horror de confesarse tales culpas, que se resolvió en callarlas en las confesiones, cometiendo así repetidos sacrilegios por continuar, como antes de su desgracia, sus confesiones y comuniones que acostumbraba con frecuencia para conservar el crédito de virtuosa en que se hallaba. En este infeliz estado vivió algún tiempo hasta que un día viendo pasar por la calle un sujeto en traje de religioso y visos de forastero, le preguntó de dónde era. Respondióle que era religioso sacerdote de la Provincia de Normandía y que pasaba peregrino a Santiago de Galicia. Parecióle a Francisca no perder tan buena coyuntura que se le ofrecía de poder sin rubor confesarse enteramente de todas sus culpas con aquel creído sacerdote tan extraño y que no la había de ver más, y así le pidió la consolase, oyéndola en confesión. Convino en ello el forastero y pasándose a la iglesia del convento de san Julián, que estaba al mismo lado de su casa, se confesó con él de todas sus culpas con tan vivo dolor y contrición, que consiguió de la divina piedad constituirse en estado de gracia; no obstante que aquella confesión fue nula, porque aquel aparente religioso y fingido confesor era en realidad un demonio que había tomado aquella figura y traje. Tres días después de esto murió Francisca, y, aunque la contrición que tuvo bastó para librarla del infierno; quedó no obstante, condenada a padecer durísimas penas hasta el día del juicio universal.

Arribando san Vicente por este tiempo a Valencia y, recibiendo la noticia de la muerte de su hermana Francisca, deseó saber en qué estado se hallaba su alma. Estrechóse sobre ello con Dios en la oración y condescendió el Señor a sus súplicas, manifestándosele con un modo maravilloso. Fue así que un día de estos, celebrando misa cantada en el altar mayor del convento de Predicadores, cuando llegó a cantar los *Agnus*, teniendo sobre el cáliz la hostia consagrada para tomarla, se le apareció al lado del mismo altar una mujer rodeada de crecidas llamas, la cual tenía en sus manos un niño con que se cebaba su dolor, porque se lo estaba comiendo y luego lo vomitaba entero, acrecentando su pena con semejante alternativa. Admiró el santo visión tan funesta y conjurándola de parte de Dios le declarase quién era, respondió la mujer: *Soy tu hermana Francisca y según la presente providencia me veo condenada a padecer en el purgatorio*

*grandes tormentos hasta el día del Juicio. Declaróle luego el motivo refiriéndole brevemente su desgracia y las culpas que hemos referido, y concluyó diciendo: Grande alivio tendría, y aún me sacarías de todas las penas, si celebrases por mí las misas de san Gregorio Papa, que son de grande importancia para sacar almas de purgatorio y para otros muchos efectos. Dio san Vicente fin a su misa cantada y principió a muchas diligencias de oraciones, ayunos y penitencias, así para alivio y sufragio del alma de su hermana como para saber de cierto las misas de san Gregorio y el número que le pedía. En estos ejercicios se le apareció un ángel, teniendo en la mano un pergamino escrito y entregándole al santo, le dijo que allí estaba lo que pedía y deseaba saber, advirtiéndole al mismo tiempo los varios y maravillosos efectos de aquellas misas”*³².

10. CISMA DE OCCIDENTE

A la muerte el Papa Gregorio XI, los cardenales franceses, que eran mayoría, querían un Papa francés, mientras el pueblo romano gritaba: *Queremos un Papa romano o italiano*. El 8 de abril de 1378 fue elegido Papa Urbano. Todos los cardenales lo reconocieron como tal en público y en privado, pero como desde el principio Urbano VI tomó medidas duras, sin consideración con los cardenales, algunos de ellos se rebelaron contra él. Trece de ellos, en su mayoría franceses, se reunieron en Fondi y establecieron que la elección de Urbano VI había sido nula, porque había sido obtenida por presiones del pueblo romano y, por tanto, sin verdadera libertad en los cardenales. Entonces estos trece cardenales eligieron a otro Papa, considerado como el auténtico, que se llamó Clemente VII (1378-1394) y que se estableció en Aviñón. De esta manera comenzó el cisma de Occidente, ya que unos países obedecían al Papa de Roma y otros al de Aviñón. Por la parte del Papa de Roma estaba santa Catalina de Sena y santa Brígida de Suecia; y por la parte del Papa de Aviñón estaba san Vicente Ferrer, todo el claustro de la universidad de París, con su canciller Juan Gerson, y el beato Pedro de Lutceburg, insigne en milagros.

Algunas diócesis tenían dos obispos y lo mismo sucedía en algunas abadías y Órdenes religiosas según fueran nombrados por uno u otro Papa. El prestigio de la Iglesia decayó y la disciplina religiosa se resintió.

³² Teixidor, tomo 1, pp. 316-317.

Cuando falleció el Papa de Aviñón Clemente VII, los cardenales de su obediencia eligieron Papa el 28 de septiembre de 1394 al cardenal de Aragón, Pedro de Luna, que tomó el nombre de Benedicto XIII. En mayo de 1396 murió el rey de Aragón y nuestro santo quedó libre de ser confesor de la reina. Entonces el elegido Benedicto XIII lo llamó a su Corte de Aviñón y lo nombró su confesor, penitenciario apostólico de su Corte, su capellán doméstico y Maestro del sacro Palacio. Así estuvo dos años viviendo en la Corte de Aviñón (1397-1399).

Mientras Vicente estaba en la Corte de Aviñón estuvo gravemente enfermo a punto de morir en 1397. Y se le apareció Cristo, nuestro Señor, y lo curó y le constituyó apóstol con la misión de predicar por todas partes. En carta a Benedicto XIII en 1412 le comunicó en tercera persona, después de 15 años, lo siguiente: *Hace más de 15 años un religioso, estando gravemente enfermo y rogando a Dios le diese salud para continuar la predicación de su divina palabra según tenía costumbre, movido por el celo del bien de las almas, vino a quedarse poseído de un suave y misterioso sueño y en él vio a Cristo en lo alto con grande Majestad y gloria, y arrodillados a sus pies a los santos patriarcas Domingo y Francisco, los cuales le suplicaron que bajase y visitase al enfermo. Condescendió el Salvador del mundo, bajó con ellos y acercándose al religioso enfermo le acarició, tocándole la mejilla con su sacratísima mano. Le habló y animó, para que, imitando a aquellos dos santos patriarcas, fuese por el mundo predicando, con la advertencia de la venida del anticristo para que con su medicinal doctrina se corrigiesen antes los mortales. Al contacto de la mano de Cristo despertó el religioso y hallóse enteramente sano* ³³.

San Vicente Ferrer abandonó Aviñón el 22 de noviembre de 1399 para comenzar su labor de predicador apostólico. A partir de entonces recorrió los caminos polvorientos de Europa, predicando el mensaje cristiano y haciendo milagros con el poder de Dios.

Ante el panorama desolador del Cisma, tomó fuerza la teoría conciliar de que el concilio universal estaba por encima del Papa. Esta teoría herética surgió como una manera de solucionar el problema. Entonces se celebró un concilio en Pisa en 1409, que declaró cesantes a los dos *Papas* y nombró a Alejandro V. Esto complicó las cosas, porque ahora había tres *Papas* en vez de dos. De nuevo se reunió otro concilio en Constanza (1414-1418). Felizmente el Papa de Roma Gregorio XII abdicó por el bien de la Iglesia y, antes de renunciar, publicó una bula por la que convocaba al concilio de Constanza, dándole así validez en sus decisiones.

³³ Teixidor, tomo 1, pp. 130-140.

El concilio destituyó al antipapa Juan XXIII y, como el Papa de Aviñón, Benedicto XIII, no quería renunciar, los reyes de Aragón, Castilla etc., que lo seguían, le quitaron la obediencia, aconsejados en esto por san Vicente Ferrer, que desde el principio había sido fiel al Papa de Aviñón, pensando en buena fe que el Papa Urbano VI de Roma había sido elegido por presiones del pueblo romano y su elección había sido inválida. Benedicto XIII, al verse solo y a la vez cesado como Papa por el concilio de Constanza, se encerró en su castillo de Peñíscola (Castellón). En Constanza fue elegido para bien de todos el 11 de noviembre de 1417 el Papa Martín V, superándose así el cisma.

El nuevo Papa envió a san Vicente Ferrer un embajador suyo para hacerle saber que le concedía amplia autoridad para absolver de cualquier censura y casos reservados y de imponer la penitencia debida por los pecados a todo género de personas como si fuera uno de los apóstoles y le exhortó a continuar sus apostólicas misiones.

11. PREDICADOR APÓSTOLICO

Los años entre 1399 y 1419 fueron los años más importantes de la vida de san Vicente. Fueron 20 años de vida activa, predicando el Evangelio en España, Italia, Francia, Escocia, Inglaterra e Irlanda. Tenía las facultades concedidas por Benedicto XIII como predicador apostólico, que le fueron confirmadas por el Papa Martín V desde el concilio de Constanza.

Fray Pedro Gauteril certifica que “nunca oyó un predicador semejante, ni antes ni después, aunque en su tiempo oyó a muchos buenos predicadores; ni espera oírlo. ¿Quién espera reunir a hombres y mujeres desde la media noche, en un lugar público, sin escándalo alguno, para conseguir un sitio desde donde oír la misa que celebraba cada mañana, antes de predicar, cantada por los que iban en su Compañía, con tanta dulzura y devoción como saben quiénes las oyeron? Esta misa la celebraba con máxima devoción. Y cuando subía a la tarima para celebrarla, tenía la cara pálida, pero mientras celebraba y hablaba, tenía el rostro casi angelical, a la vez que su predicación era sana y caritativa, orientada a la salud de las almas y a la salvación de las mismas.

Mientras el Maestro Vicente estuvo en el convento de Predicadores de Toulouse, el que habla, que era sacristán y solía levantarse pronto, como convenía, para abrir la puerta del convento y de la iglesia, siempre encontraba gente de ambos sexos esperando la apertura de las puertas. De hecho, había

muchas personas en la plaza, o en el lugar donde tenía que predicar, desde siete u ocho horas antes, sin cansarse, tanta era la devoción y el afecto del pueblo, como recordarán muchos de la ciudad que todavía viven y que lo experimentaron”³⁴.

Su plan era primero celebrar la misa con mucha devoción, luego venía el sermón de dos o tres horas y, al final, una media hora para curar a los enfermos. En estos casos solía repetir estas palabras: *A los que creyeren les acompañarán estas señales. Impondrán las manos sobre los enfermos y quedarán sanos. Jesucristo, hijo de María, salud y dueño del mundo, te conserve como te trajo a la fe católica, te dé la bienaventuranza y se digne librarte de esta enfermedad.*

En total empleaba unas cuatro o cinco horas normalmente. Un Viernes Santo el sermón duró seis horas como algo extraordinario, pero la gente no se aburría y desde la noche esperaba para conseguir un buen puesto, ya que lo normal era que asistieran unas 10.000 personas. A veces veinte o treinta mil y, en una ocasión especial, lo escucharon hasta 80.000 personas. Y todas entendían lo que decía, aun cuando estuvieran lejos del estrado.

Algunos estaban distantes como un tiro de ballesta y “los que estaban más lejos lo oían y percibían las palabras de la predicación tan bien como los más cercanos. Esto fue y es estimado como un gran milagro. Las cosas aquí relatadas son conocidas por todos y son voz y fama pública en la ciudad de Toulouse”³⁵.

“Muchos procuraban antes del día tomar un lugar vecino al santo. Y preguntándoles por qué lo procuraban con tanta diligencia, respondían que lo hacían por gozar de los apacibles y celestiales resplandores que el santo, cuando predicaba despedía de su cara, los cuales daban particular consuelo y gozo a quien los veía. Muchos percibían su voz clara y distinta, desde lo más remoto de una plaza espaciosa, y con igual claridad se percibía en distancia de leguas. Así, predicando en Puigcerdá, de Cataluña, oyó todo el sermón una mujer desde la Villa de Livia, una legua distante. Predicando en Valencia, le oyó desde Valdigna, ocho leguas apartado, un cisterciense de aquel monasterio. Y aún desde Alicante le oyó otro sermón una recién casada, a quién su esposo no quiso llevar a Valencia, donde el santo predicaba. También, predicando en esta ciudad de Valencia, le oyó desde Sueca, distante cuatro leguas, el sacristán de la parroquia. Lo mismo aconteció en Mallorca”³⁶.

“Cierta día de 1441 llegó a un monasterio de monjes blancos que hay entre Toledo y Valencia, en el reino de Castilla, en donde predicó estando

³⁴ Proceso p. 70.

³⁵ Proceso pp. 103-104.

³⁶ Teixidor, tomo 1, pp. 148.

presentes el abad y los monjes; y donde, en llegando la noche, descansó. Muy de mañana, al día siguiente, salió del monasterio, acompañado de Spinareta y otros compañeros, dirigiéndose hasta la villa de Toledo —distante del monasterio unas quince leguas— en donde predicó. Y aconteció que uno de los monjes pidió licencia al abad para seguir a fray Vicente hasta la villa de Toledo a fin de oírle predicar la Palabra de Dios, prometiendo que desde allí regresaría al monasterio. El abad no le concedió la licencia, por lo que dicho monje, descontento de la respuesta de su abad, lo más secretamente que pudo subió al *pináculo* del monasterio, llevándose papel y pluma. Viendo el abad que no estaba en la iglesia, preguntó a los demás dónde estaba; y como nadie lo encontraba, llegada más o menos la hora de mediodía y de la comida, el mismo monje se presentó delante del abad y de los monjes. El abad le preguntó de dónde venía. El respondió que del *pináculo* del monasterio. Preguntándole qué hacía allí, contestó que había escuchado a fray Vicente, predicando en la villa de Toledo y que maravillosamente había recogido por escrito con su propia mano el sermón, el cual enseñaba y ofrecía al abad y a los monjes. Oyendo esto, el abad y los monjes quedaron estupefactos. Después de consultarlo entre ellos, enviaron sin perder tiempo un escudero a fray Vicente con lo escrito por dicho monje. Al llegar a fray Vicente, el mensajero le narró el milagro y le presentó el reportaje, que fue corregido y cotejado por el mismo fray Vicente con el original de su sermón, siendo hallado de acuerdo con el original, sin quitar ni añadir nada. Así lo narró Spinareta, que lo vio, oyó y estuvo presente”³⁷.

“Nótese que con ser los concursos tan crecidos, que en toda la plaza no quedaba ventana, azotea o agujero alguno vacío, y estar la gente aguardando el sermón desde la media noche, jamás se movió el menor disturbio, ni entre tantos hombres y mujeres se oyó palabra menos decente. Y si antes de ir el santo había algún rumorcillo por querer tomar lugar los que llegaban tarde, luego que san Vicente subía al tablado, quedaban todos en profundo silencio. También se notó que con durar la función cinco o seis horas (entre misa, sermón y curación de los enfermos), no por eso se aburría a la gente, antes quedaba con mucha sed de oírle; ni los niños de pecho, que sus madres traían, lloraban en este tiempo. Y así depuso en el Proceso Domingo de Hugon, notario de la Real Curia de Tolosa, que los días que el santo se detuvo en Tolosa, él y su mujer Juana se levantaban muy de mañana, dejando en la cama tres hijos chiquitos y se iban a la misa y sermón del santo; y cuando volvían cerca de las once, los hallaban sanos, quietos y alegres.

Concluida toda la función, montaba el santo en su jumentillo y se restituía a casa del arzobispo, donde comía con lectura de Sagrada Escritura a la mesa. Un día de estos, estando comiendo entró un mocito del convento con dos frascos de

³⁷ Proceso pp. 38-39.

vino que regalaba el Superior y edificándose al ver al santo, se arrodilló y le pidió la bendición. Dióselo el santo. Este joven entró en la orden dominica, donde llegó a ser Maestro y celebre predicador de la gloria del santo después de su muerte”³⁸.

Simón Maydo declaró que “todos los asistentes, tanto los galos como los bretones, y aun los que no entendían su lengua vulgar y la gala, aprovechaban mucho oyendo sus predicaciones. Interrogado cómo lo sabe, dice que lo sabe porque conoce a muchos que antes cometían muchos pecados, como juramentos falsos, adulterios, estupros y otros, y que después, por su predicación y doctrina, se abstuvieron de dichos vicios y vivieron y viven católicamente, recordando siempre las palabras del Maestro Vicente y su buena doctrina. De nuevo interrogado cómo sabe que le entendían, responde que, a veces, este testigo indagó a muchos que ignoraban hasta el francés y el vulgar aragonés, especialmente a Juana y a Guillermo Jegat, y a muchos otros que ahora no recuerda, que aprovechaban en las predicaciones del Maestro Vicente, teniendo en cuenta que desconocían su idioma, los cuales respondieron que tanto las palabras como los gestos los entendían perfectamente. Y, como el testigo que habla les preguntara qué es lo que había dicho el Maestro Vicente en sus sermones, ellos inmediatamente, en su lengua vulgar, es decir, en bretón, refirieron lo que había dicho, ya que estuvieron presentes. Esto lo sabe bien el testigo, porque él mismo estuvo presente en las mismas predicaciones, y por eso sabe que dichos bretones decían lo que el Maestro Vicente había predicado. También sabe muy bien que ignoraban la lengua gala y el catalán, porque los conocía, por lo que el testigo se admiró mucho. Y cree que esto les sucedió más por gracia divina que por cualquier otra cosa”³⁹.

Ciertamente todos le entendían, a pesar de hablar en catalán, pues solo sabía latín, hebreo y catalán.

En sus años de ancianidad aparecía achacoso y necesitaba ayuda para subir las escaleras del estrado desde donde celebraba la misa y predicaba. Tenía el semblante pálido como el de un viejo inútil, pero una vez que comenzaba a predicar, lo hacía con tal energía como si tuviera 40 años. Y cuando ya terminaba todo con la oración por los enfermos, volvía a aparecer como lo que era: un anciano débil y necesitado de ayuda. Normalmente se apoyaba en un bastón que tenía una cruz en la empuñadura.

En sus predicaciones trató de desterrar las blasfemias, los juegos de azar, las discordias familiares y supersticiones. A la vez, inculcaba el espíritu de

³⁸ Teixidor, tomo 2, p. 530.

³⁹ Proceso p. 222.

penitencia. Normalmente le acompañaban al menos unos 300 penitentes que en las procesiones iban con la cara tapada para evitar ser conocidos y se flagelaban hasta derramar sangre, rezando y haciendo penitencia por sus pecados pasados y por los del pueblo.

A la gente le enseñaba como algo básico el padrenuestro, avemaría, credo, salve, cómo confesarse, a repetir mucho los nombres de Jesús y de María, y a hacer bien la señal de la cruz.

Según los que lo conocían y declaran en el Proceso, era muy devoto de la santísima Cruz y, cuando en los caminos veía alguna, la saludaba rezando una breve oración con afecto y devoción.

Estando nuestro santo en Rennes “le envió su embajador Enrique V, rey de Inglaterra, suplicándole que visitase la provincia de Normandía, donde él se hallaba. Se lo ofreció san Vicente y el Señor dispuso que en esos días concurriesen a sus auditorios más de 30.000 hombres. De Rennes se encaminó a Normandía, llegó a Dinan por junio, donde halló al duque de Bretaña y a Roberto de la Motte, obispo de Maló. En ese lugar desarraigó muchas supersticiones y blasfemias e hizo muchos milagros, especialmente curó a una niña muy enferma de los ojos, como se dice en el Proceso”⁴⁰.

Don Pedro Molinis afirma que “vio a fray Vicente increpando a los usureros, a los concubinos y concubinas, a los ladrones y a los que jugaban a blasfemar de Dios, quienes por su predicación desistieron de los vicios y pecados y cesaron los juegos (de azar) y las blasfemias. De forma que apenas se juraba por nadie a no ser con la palabra seguramente”⁴¹.

Estando el santo en Gerona predicando a 20.000 personas, habló de la bienvenida que dará el ángel custodio al alma de su recomendado que muere en gracia y ha satisfecho aquí sus culpas con penitencias o con indulgencias, oraciones y obras buenas⁴². En otro sermón declaró que a la hora de la muerte de una persona buena, viene el ángel de su guarda acompañado de ejércitos de millares de ángeles y almas del cielo, de sus hijos, especialmente de niños, de hermanos, parientes y fieles amigos, y la asistirán todos en aquel tránsito y después subirán el alma al cielo⁴³.

Otro día, asistían al sermón la reina doña Margarita, viuda del rey don Martín, y su hermana doña Juana de Prades, la cual ese día había sacado sus

⁴⁰ Teixidor, tomo 2, pp. 554-555.

⁴¹ Proceso p. 51.

⁴² Vida y Micó p. 140.

⁴³ *Ibidem*.

mejores galas y el adorno del pelo riquísimo de perlas, diamantes y rubíes. “Quiso el Señor sacarla de aquellas vanidades y fue así: que en el medio del sermón se desprendió de lo alto una piedra y rompiendo las jarcias y velas que había en la plaza para defender la gente de los rigores del sol, dio sobre la cabeza dicha doña Juana, dejándola amortecida. Alborotóse el numeroso concurso según pedía la desgracia, dando por muerta a la princesa. Pero acudió luego el predicador, el taumaturgo, el artífice de milagros, el que con tanta facilidad los hacía; hizo señas para que nadie se moviese y dijo con un donaire del cielo: *Sosegaos que la piedra no ha caído para matarla, sino para que todo el mundo supiese que doña Juana tenía la cabeza tan bien armada, que podía resistir a cualquier golpe de piedra.* Así reprimió la mucha curiosidad con que llevaba el tocado y los sobrados dijes y joyas que en la cabeza se había puesto. Y luego, vuelto hacia ella, dijo: *Doña Juana, levantaos.* Y se levantó sin lesión alguna. Al día siguiente ella fue al sermón con un vestido y tocado honestísimo”⁴⁴.

Fue tanto el bien que hizo el santo por todas partes por donde pasaba, predicando y haciendo milagros que algunos lo consideran como otro san Pablo y un verdadero profeta de Dios.

Cuando terminaba sus prédicas, rezaba por los enfermos. Y ante tantas maravillas “todos querían besarle la mano, tanto que era preciso encerrarlo entre cuatro barras de madera, metido entre las cuales estaba defendido para no ser atropellado por la gente, pues todos querían tocarlo y besar su mano”⁴⁵.

El grande fruto que en los vecinos de Orihuela hizo el santo con su predicación y la reforma grande de costumbres, lo declaró poco tiempo después de su partida de la ciudad (entonces Villa), escribiendo al Ilustrísimo don Pablo de Burgos, Obispo de Cartagena, una dilatada carta en valenciano, que vertida en castellano es del tenor siguiente:

Muy Reverendo Padre y Señor.

Porque creemos tendréis placer, hacemos saber a vuestra gran Reverencia que el Muy Reverendo y de santa vida fray Vicente Ferrer, Maestro en Sagrada teología, ha estado en este vuestro obispado; a saber: en Alicante, en Elche, en Orihuela, en Murcia y ahora está en Lorca. Por cuya venida se ha seguido mucho bien a toda esta tierra y grande salud a todos los fieles cristianos.

Especialmente los de esta Villa os certificamos que por la gracia de Dios y por su santa predicación se han apartado de todos los vicios y pecados

⁴⁴ Teixidor, tomo 1, pp. 394-395.

⁴⁵ Proceso p. 65.

públicos. Y os escribimos en particular las siguientes cosas: Primo, que nadie, grande ni chico, osa jurar a Dios ni a la Virgen María, ni a los santos con ningún juramento. Item que de cuantos blasfeman de Dios, de la Virgen y de los santos se hace riguroso castigo. Item que se ha quitado para siempre la casa del juego, renunciando la Villa al privilegio que tenía. Item que nadie osa jugar a juego alguno de dados y de naipes. Item que nadie se atreve a echar suertes supersticiosas, ni a consultar adivinos ni adivinas. Item que ni eclesiásticos ni otros juegan, como hasta aquí era costumbre. Item que se han quitado todas las fiestas joviales. Item que todos en general y cada uno en particular, tiene cuidado de acusarse recíprocamente cuando incurren en cualquiera de dichos pecados.

Escribimos solamente estas cosas particulares porque sería negocio largo escribirlas todas. Nunca en esta Villa se han confesado las gentes, como ahora. No bastan los confesores para oír las confesiones y ministrar la comunión. Los domingos y días festivos, todos, hombres y mujeres con sus hijos de edad van a misa con mucha devoción. Antes de su venida los templos eran grandes y después de ella son cortos y no caben en las iglesias parroquiales y de los conventos. Finalmente, certificamos a Vuestra Paternidad que del todo nos ha dejado cristianos; lo que ha experimentado no sólo Orihuela, sino todos los demás lugares en que ha estado, para que de todo se den gracias a Dios, como también a Vos, por cuya industria y ruegos vino a esta Villa. Y al dicho Maestro Viera conserve Dios en su buen propósito y cuando de este mundo salga, coloque el Señor su alma entre sus apóstoles, mártires y confesores.

Uno de los mayores beneficios que hemos logrado por gracia de Dios y por la predicación del dicho santo es que en esta Villa no ha quedado llaga ni enemistad en persona alguna, antes bien por reverencia de Dios se han perdonado unos a otros. De suerte que se han ajustado ciento y veinte y tres Paces, las sesenta y seis de muertes y las restantes de mutilación de narices, brazos y otros miembros. De suerte que todos, sea Dios loado, están en pacífica paz, excepto Juan Fluviá y un cristiano nuevo, que tiene poca fe de Dios, de cuyo hecho estamos escandalizados. Por lo cual restamos con la obligación de rogar a Dios por la vida del dicho santo por el beneficio que de él hemos recibido, como también por vuestra vida, por cuyo medio vino él a esta tierra. Rogando a Nuestro Dios y Señor que le conserve, como a Vos, por largo tiempo en su santo servicio. Escrita en Orihuela a 4 días de marzo de 1411.

*Vuestros humildes y devotos
que se encomiendan mucho a vuestra gracia y voluntad
Los Justicia, Jurados Consejeros de la Villa de Orihuela ⁴⁶.*

⁴⁶ Teixidor, tomo 1, pp. 336-337.

CARISMAS

a) PROFECÍA

“Consolada la ciudad de Barcelona, continuó el varón apostólico sus evangélicas misiones y, aunque las encaminaba hacia Castilla, llamado del Infante don Fernando, tutor de su sobrino el rey, quiso visitar el reino de Valencia para cumplir la palabra que por escrito dio a los Magníficos Jurados que la visitaría luego, luego. Salió pues de Barcelona y, habiendo predicado en *Caldets de Momboy*, lugar de su diócesis, acudió a él una pobre mujer con un tierno infante en sus brazos, que del continuo y recio llorar, como es ordinario en aquella edad, se le había quebrado, y deshecha en lágrimas le enseñó la rotura pidiéndole se lo curase. Llamábase el niño Juan Soler. Respondióle el santo, ilustrado de luz profética: *Mujer, confía firmemente en Dios: éste tu hijo curará, será eclesiástico y te consolará.* Y haciendo la señal de la cruz sobre el niño y dichas las santas oraciones que acostumbraba, desde aquella misma hora fue mejorando hasta la total y perfecta curación. Así lo depuso el 18 de noviembre del año 1454 el mismo Juan Soler y dijo que entonces era doctor en teología, Vicario actual de la Villa de Tamarit y Penitenciario del Papa en su Corte y últimamente obispo de Barcelona, nombrado por el Papa Calixto. Así se verificó el anuncio del santo, mezclando los dos clarísimos dones de la gracia de sanidad y el de profecía”⁴⁷.

Un superior de otra Orden lo había desprestigiado y, arrepentido le pidió perdón de rodillas. “Levantándolo del suelo san Vicente, elevóle a sus brazos y con voz dulce le dijo: *Días hace, Padre Prior, que os he perdonado: creed que os amo y certifico que Dios os ha perdonado, pues no vinierais arrepentido si no os hubiera ablandado con su gracia y piedad el corazón. Con todo eso, os prevengo y aviso que os confeséis luego lo mejor que pudiéredes, porque no tardará vuestra muerte.* Espantó la sentencia al Prior: confesóse luego, pidió la bendición del santo y despidióse dándole los brazos. Partió de Orihuela a tiempo que el varón de Dios se iba a la plaza a predicar y fue tan pronta la anunciada muerte que, estando aún a la mitad del sermón, tuvo revelación de ella y dijo: *Hermanos, rogad a Dios por aquel Padre que poco ha visteis se despedía de mí; que ya es muerto.* No bien se acabó el sermón, cuando se supo que el dicho Prior (habiendo caminado como legua y media) había caído muerto de repente”⁴⁸.

⁴⁷ Teixidor, tomo 1, pp. 290-291.

⁴⁸ Teixidor, tomo 1, p. 336.

b) CONOCIMIENTO SOBRENATURAL

La señora Perrina de Bazvalen declaró que “oyó a don Felipe, uno de los seguidores del padre Vicente, que a la muerte de un compañero de su Orden, sin haber estado presente en dicho fallecimiento, llamó a sus acompañantes y les notificó la muerte y la hora de la misma, asegurándoles que el compañero estaba necesitado de oraciones, pidiéndoles que cada uno rezara por él y afirmando que también él lo haría. Al día siguiente, reunidos de nuevo, les dijo que el socio había sido liberado de sus faltas y gozaba ya del paraíso”⁴⁹.

Bartolomé Peirilta afirma que “en la ciudad de Tolosa (Cataluña) y en otras partes, durante el sermón, refiriéndose a una casa situada más allá del río, entre los árboles, habiendo una gran multitud de pueblo para oír la palabra de la santa predicación, dijo: *Id a los pajares* (que había junto al río) y *en uno de ellos encontraréis fuego*. Fueron algunos y encontraron a un hombre con una mujer. Lo cual parece milagroso, porque el santo no pudo verlos por la distancia y por la densidad de los árboles”⁵⁰.

c) RESPLANDOR SOBRENATURAL

Un día el rey don Fernando quiso hablar con el santo y fue a su convento. Con permiso del Prior llegó a su celda y, apenas abrió la puerta, un gran resplandor celestial lo invadió y atónito se salió sin decir palabra⁵¹.

En la villa de Josselin “se hospedó en el Priorato de san Martín, de frailes benedictinos, los cuales por los resquicios de su celda observaron cómo a media noche se levantaba a orar, no de la cama, sino de las duras tablas en que yacía, teniendo por cabecera una piedra y que luego, dedicándose a la oración, se llenaba su celda de un maravilloso resplandor. Admirados del caso, invitaron al conde del lugar a que participase de tan hermosa vista y acudiendo él con sus criados la siguiente noche, vio al santo coronado de celestiales luces... y, al conocerse esta noticia, la gente lo consideró como testimonio de Dios sobre la santidad de su siervo”⁵².

Una noche la reina Violante de Aragón “con permiso del Prior quiso observar a san Vicente por las rendijas de su puerta para ver qué hacía el santo y vio que, puesto en oración, estaba rodeado de una copiosa luz. En vista de este prodigio le entró un reverente temor y dijo a sus acompañantes: *Vámonos de aquí*

⁴⁹ Proceso p. 215.

⁵⁰ Proceso p. 155.

⁵¹ Teixidor, tomo 1, p. 375.

⁵² Teixidor, tomo 2, p. 562.

que este siervo de Dios es más de lo que parece y no es bien que con curiosidad lo acechemos, sino que le respetemos como cosa del cielo ⁵³.

d) PERFUME SOBRENATURAL

Don Fernando obispo de Telesia manifestó en el Proceso que, caminando muchas veces con el padre Vicente, estando a su lado en las bajadas y subidas de los caminos, fray Vicente le alargaba su mano derecha y se apoyaba sobre él y, al contacto con la mano del varón de Dios, le quedaba un aroma admirable y suavísimo de modo que en tres o cuatro días no se apartaba de sus manos. Esto lo comprobó y aseguró que era verdad ⁵⁴.

“Fruto de su pureza de alma era la *fragancia* que su virginal carne exhalaba. Era de tan subido punto que se transfundía en los que le tocaban con tan maravillosa tenacidad como asegura un testigo diciendo que cuando daba la mano san Vicente para montar en el pollino le impresionaba en la suya un celestial olor que le duraba tres o cuatro días” ⁵⁵.

12. HECHOS EXTRAORDINARIOS

En la villa de Ainza (Huesca) estuvo “once días y predicó en la plaza ante 10.000 personas. Uno de los días, estando el santo predicando empezó el jumento desde su corral vecino a dar tales bramidos que inquietaba a los oyentes y no dejaba percibir lo que se predicaba. Acudió al remedio el santo y mandó en voz alta al animal que callase; y obedeció como si tuviera razón y quedó como mudo”⁵⁶.

En Tolosa, el domingo de Ramos, predicó en la iglesia metropolitana de San Esteban, tomando por tema *Surgite mortui* (resucitad muertos) y lo dijo con una voz tan fuerte y poderosa que pareció un terrible trueno, de tal modo que cayeron en tierra como muertos 30.000 personas que le escuchaban y que le oyeron repetir tres veces el mismo texto. Y en el proceso de canonización, el capellán mayor de la iglesia de Tolosa declaró que dijo esas palabras con voz tan clara y fuerte que hizo temer y temblar a todo el auditorio y que pareció su voz más angélica que humana y causó en los oyentes tal espanto como si algún ángel les mandase comparecer ante el tremendo tribunal del divino juicio” ⁵⁷.

⁵³ Teixidor, tomo 1, p. 125.

⁵⁴ Proceso p. 168.

⁵⁵ Teixidor, tomo 1, p. 144.

⁵⁶ Teixidor, tomo 1, p. 435.

⁵⁷ Teixidor, tomo 2, pp. 525-526.

Predicando la víspera de la Ascensión en el cementerio del convento de dominicos (de Tolosa) se movió tal tempestad de truenos y relámpagos que todas las campanas del lugar empezaron a tocar al mismo tiempo. Viendo el santo que el ruido no dejaba oír su sermón y que por el miedo al temporal quería huir la gente, dio orden de que cesasen de tocar las campanas y, encargando al gentío que pidiese a Dios que serenase el tiempo, se puso por unos momentos a orar y de repente cesaron los vientos y truenos y se descubrió sereno el cielo con admiración del auditorio que pasaba de diez mil almas.

Alicia Nyra Rodríguez testificó haber visto a fray Vicente predicando en la ciudad de Murcia. En ese tiempo, hubo una gran plaga de langostas y de gusanos, que se comían los granos de uva y las espigas de trigo, de modo que todos los murcianos esperaban una total esterilidad. Pero el santo echó agua bendita en los cuatro ángulos de la ciudad, con la señal de la cruz, y así quedaron exterminadas de forma inmediata las langostas y los gusanos; de esta forma, los hombres de dicha ciudad recuperaron sus posesiones y sus sembrados. La testigo estuvo presente, vio y oyó. Han pasado ya 40 años ⁵⁸.

“Llegó el santo a Tortosa, donde estuvo de paso, cuyo puente de barcas al peso de tanta gente sucumbió con tales crujidos, que entendieron todos su ruina y naufragio al ver que se llenaban de agua sus barcas. Clamó aquella promiscua multitud de hombres y mujeres, rogando a Dios les socorriese en tan urgente peligro. Iba el santo delante y volviéndose hizo de presto la señal de la cruz sobre el puente. ¡Cosa maravillosa! Inmediatamente se desaguaron las barcas, volvió a su antigua unión el maderamen, de suerte que pasó con seguridad la numerosa comitiva, sin que necesitase el puente de otro aderezo que la imperiosa voz del santo, alabando a Dios en su siervo san Vicente por tan señalado beneficio” ⁵⁹.

Arnaldo Patriarca, comisario en Nápoles, declaró que él con otros 500 peregrinos “regresaban de la iglesia de Santiago de Compostela, navegando en una nave de Bretaña, y estando en un canal cerca de la ciudad de Vannes -donde está el cuerpo del Maestro Vicente- llevada por las velas, mientras la nave navegaba con viento próspero, encalló sobre una roca cubierta de agua, y estuvo sobre dicha roca durante tres horas largas, de forma que todos pensaron que se iba a hundir, tanto que todos los presentes, arrodillados, con máxima devoción, invocaban el nombre de Jesucristo, y hacían votos al Maestro Vicente. Inmediatamente la nave se movió de la roca, sin lesión de las personas ni de los bienes, de modo que ni una gota de agua entró en la nave, ya separada de allí; y llegando al puerto de salvación, habiendo descendido todos con sus objetos y

⁵⁸ Proceso p. 159.

⁵⁹ Teixidor, tomo 1, pp. 291.

bienes, la nave se sumergió al instante, y todas sus cuerdas se rompieron y destrozaron, sin lesión alguna de las personas. Y así, con gran devoción, todos se acercaron a visitar el cuerpo del Maestro Vicente, alabando y orando, dando gracias a Dios por tan gran milagro. Interrogado cómo sabe esto, el testigo dijo que él fue uno de quienes peregrinaban en dicha nave”⁶⁰.

Don Fernando, obispo de Telesia depuso “haber visto con sus propios ojos que pasando el Maestro Vicente por cierta villa, llamada Villalonga, en el Principado de Cataluña, acompañado por más de mil personas de su Compañía, el Principal de la villa dio de cenar a él y a cuantos le acompañaban. Esto era en el mes de agosto. Y aquel hombre se llamaba San Justo. Dijo el testigo, que lo vio y que habló con él, y que tenía un vaso lleno de vino; del cual bebió primero el Maestro y después su comitiva, todos los que acudieron bebieron de aquel vino en aquella cena. Y dijo el testigo que él lo vio y estuvo presente y, al final, aquel vaso, que en lengua catalana se llama *portadora*, que tenía dos asas, estaba lleno de vino, como si nadie hubiese bebido de él.

Más tarde, estando el Maestro en la villa de San Martín, que dista tres millas, vino aquel buen hombre y se lo anunció al Maestro, el cual le dijo, estando el testigo presente: *Ve y guarda aquel vino, y a todos los que quieran beber de él, procura dárselo con agrado.*

Y el testigo asegura que, diez años después, vio cómo dicho dueño daba del vino aquél a cuantos se sentían mal, y eran curados de cualquier clase de enfermedad que tuvieran. Y dijo que el vino nunca menguaba, y que cada día lo distribuía y no faltaba. El testigo afirma que vio este milagro el año del Señor 1415”⁶¹.

El doctor en leyes Galhardo Dahusti refiere que un día estaba fray Vicente predicando en la plaza de San Esteban de Toulouse y “asistía una gran multitud del pueblo. Cada cual buscaba el lugar más apto para oírlo. Unos jóvenes subieron al portal de la iglesia y en un sitio angosto y estrecho uno de ellos se durmió y cayó a tierra. Quienes lo vieron, aterrorizados del caso, promovieron un pequeño tumulto. El santo predicador no podía verlo, pero viendo hacia dónde miraban los presentes, trazó la bendición hacia aquella parte con la señal de la cruz. Entonces el joven caído se levantó sano. Todos los que lo vieron pensaron que había sido un no pequeño milagro”⁶².

⁶⁰ Proceso pp. 185-186.

⁶¹ Proceso p. 167.

⁶² Proceso pp. 88-89.

Fray Pedro de Pelafiga aseguró haber oído decir a algunos que formaron parte de la Compañía del Maestro Vicente, que cuando estuvo en el Piamonte, en el lugar de Monte-Calerio, las gentes del lugar le pidieron remedio contra las tempestades con que eran destruidas con frecuencia sus viñas, al estar madurando las uvas; el Maestro Vicente les aconsejó que rociaran las cepas con el agua bendita que se bendice en la Vigilia de Pascua. Los habitantes de aquel lugar se olvidaron de hacerlo, excepto el hombre en cuya casa se alojó el Maestro Vicente durante el tiempo que allí predicó, quien cumplió su consejo. Cuando llegó la vendimia, cayó la tempestad sobre las viñas de aquel lugar, que las destruyó todas sin dejar nada en ellas, exceptuadas sólo las viñas del mencionado varón que había rociado las suyas con el agua bendita de la Vigilia de Pascua, siguiendo el consejo del Maestro Vicente. Ni un grano de uva fue dañado y sus viñas permanecieron ilesas, a pesar de estar situadas entre las otras.

Igualmente, estando el Maestro Vicente en cierto lugar y hallándose reposando después de la comida, “sobrevino una gran tempestad, que destruyó todos los frutos de la tierra. La gente de aquel lugar, gimiendo y llorando, vino al Maestro Vicente pidiendo remedio. Él respondió diciendo: *No temáis, buena gente, porque Dios proveerá*. Esta palabra fue de tal eficacia que aquel año se recogieron frutos más copiosos que en los dos años anteriores”⁶³.

Afirma el padre Antist: “Yendo de Vich a Barcelona llegó a un mesón que estaba en el desierto y, según se cree, es el que hoy se llama hostel de la Grúa. Traía en su Compañía de dos a tres mil personas y, no hallando más de 15 panes y un poco de vino, mandó el santo a los dispenseros que traía que repartiesen los 15 panes entre la gente como mejor pudiesen y que pusiesen el vino en un vaso de madera para que cada uno tomase a su placer cuanto le pareciese. Acudió entonces nuestro Señor con su gran misericordia y de tal manera multiplicó el pan que toda la gente comió cuanto había menester y lo mismo del vino. Donde también se vio otro milagro, que el vino que era antes poco menos que vinagre, se volvió muy suave. El huésped, viendo tan gran maravilla, rogó al santo de rodillas en el suelo que no se fuese de allí sin bendecirle su casa. Lo cual hizo de muy buena gana. Al otro día, queriendo el mesonero ir de su venta a la ciudad a mercar pan y vino, halló el arca totalmente llena de pan y la tinaja llena de muy buen vino”⁶⁴.

El doctor Vicente Riol declaró en el Proceso: “Llevándome en sus entrañas mi madre Esmeria Peris, fue al convento a hacer una novena a san Vicente Ferrer el año 1693 para alcanzar un feliz parto. Un día de la novena, al volverse a casa, entró en la que nació san Vicente, por la puerta de su atrio que

⁶³ Proceso pp.125.

⁶⁴ Antist, *Vida de San Vicente Ferrer*, BAC, Madrid, pp. 201-202.

está en la calle dicha antiguamente de la Garrofa, en cuyo atrio había una higuera. Levantando los ojos vio en una de sus ramas un higo blanco. Extrañándose mucho por ser el mes de febrero en que el árbol no tenía hoja alguna dijo a su compañera: *Mire usted qué higo tan hermoso, fresco y sazonado hay en la higuera.* La compañera le replicó: *Lo veo, pero no es higo verdadero, sino de cera, bien imitado para adorno de la futura fiesta del santo.* Segunda y tercera vez vio mi madre la higuera y vio otros dos higos como el primero. A mi madre le dio el gusto de comerlos. Un hombre que vivía cerca subió al árbol y; cogiendo los tres higos, los puso en manos de mi madre, certificándose ella y su compañera ser verdaderos, frescos y sazonados. Al salir de esa casa, vio mi madre a otra mujer embarazada y le dio uno de los higos y mi madre comió los otros dos y guardó los pezones de los tres que yo he tenido varias veces en mis manos, porque por cosa tan rara guardaba en una bolsita curiosa y permaneció hasta que, entrando ladrones en la casa, se los llevaron, pensando que sería alguna cosa de valor.

Este caso se difundió por todo Valencia de modo que los padres del convento de los dominicos vinieron con su notario a casa de mis padres y, oyéndoles referir el caso, requirieron al notario que recibiese su testimonio. Así lo he oído referir muchísimas veces a mis padres, que no sabían cómo se llamaban los religiosos ni el notario ⁶⁵.

En 1409, en Gerona sucedieron dos maravillosos casos. “El uno con una mujer del lugar de Salt (dista de Gerona tres cuartos de hora). Deseaba oír los sermones del santo e impidiéndolo su marido, se subió fervorosa al tejado de su casa y oyó cuanto predicó en Gerona al pie de la escalera y con tanta claridad, que refería individualmente todo lo que dijo en el sermón. El otro fue con otra mujer, maltratada por su marido por sospechosa de adúltera, teniendo por ilegítimo al niño que criaba. Fue a consolarse con el santo y éste le mandó que acudiese al sermón que había de predicar. Reprendió en él vicios y pecados, y especialmente los juicios temerarios y sospechas vanas; y para que todos viesen la verdad y se desengañase el marido de la infamada inocente, llamó por su nombre propio al niño, que estaba a los pechos de su madre, diciéndole: *Vete a abrazar a tu padre.* ¡Cosa rara! Dejó el niño los pechos, paso por medio de la multitud de la gente y fue en derechura a donde estaba su padre y le abrazó, quedando todos absortos y el padre convencido de que era su mujer honrada y legítimo el hijo” ⁶⁶.

Raimundo Fabri recuerda que “había tal sequía en la provincia de Corbieya, de la Senescalía de Carcasona, y en los lugares de Albano, de Casto

⁶⁵ Teixidor, tomo 1, pp. 37-38.

⁶⁶ Teixidor, tomo 1, p. 283.

Castillo, de Villanova, de Rufanio, de Durbanoy, de Villafrea, de Glencono, que los frutos sembrados, a punto de brotar o ya nacidos totalmente, perecían por falta de lluvia y a causa de la sequía.

Mientras tanto los habitantes, pensando que perderían la cosecha, recurrieron al Maestro Vicente exponiéndole que hacía siete meses que no había llovido en aquellos lugares ni en sus propiedades y que los trigos y las viñas estaban en vías de perdición; le rogaron visitara dichos lugares y a sus habitantes, y elevara preces al Altísimo para obtener la lluvia. El, asociando sus preces y las de sus seguidores a las de los habitantes, emprendió el camino. Y cuando llegó a los lugares predichos de Rufiano y de Durbanoy, en una explanada pública fue preparada una mesa con su mantel y sobre la misma habían puesto seis o siete cruces. Al llegar el Maestro Vicente con sus acompañantes y todo el pueblo allí congregado, se postraron en tierra, de rodillas. Les preguntó qué es lo que pedían a Dios. Respondieron que la salud de las almas, y después el rocío del cielo para que los frutos de la tierra pudieran crecer y ellos mantener su vida y dar gracias a Dios. Entonces, el Maestro Vicente, pidiendo el auxilio divino, dijo a todo el pueblo allí presente y congregado, que se pusieran todos en oración y rogaran a Dios obtener de Él lo que esperaban conseguir. Dicho lo cual y hechas las oraciones, el Maestro Vicente tomó de la mesa una de las cruces, en la que se decía había un fragmento del *Lignum Crucis* de Cristo, y todos los allí congregados, después de una pausa, se pusieron en oración. Y poco después, estando todavía todos con las rodillas dobladas en tierra, llegó el rocío del cielo con tanta abundancia que la lluvia duró alrededor de dos días y medio.

Y como el Maestro Vicente quería acercarse al lugar de Scabessano para predicar, y lloviera ese día, dijo a quienes le seguían que no dudaran que, después de comer, por la gracia divina resplandecería el sol y la claridad del aire, y la lluvia cesaría; y así ocurrió, viéndolo y estando presente el testigo que habla”⁶⁷.

Bajando san Vicente de la Villa de Perpiñán a Barcelona, antes de llegar a la *Roca*, “pasando por un puesto muy solitario, empezó a desfallecer el crecido concurso de gente que le acompañaba; y era tan numeroso que pasaba de dos mil y quinientas personas. Desmayaba aquella piadosa comitiva de hombres y mujeres de sed, faltando enteramente las vituallas. Compadecióse san Vicente, consultó con Dios sobre el alivio de tanta gente y, tomando el camino entre unas ásperas peñas, mandó a la gente que le siguiese y la introdujo en un espeso bosque, donde sólo se hallada un rudo y pobre albergue. Sentóse al pie de una encina y dio orden a las devotas turbas que se fuesen sentando por aquel bosque y descansaran un rato. Obedecieron y muy en breve vieron cómo de los lugares vecinos acudían, sin ser llamados, muchos hombres con varias cargas de

⁶⁷ Proceso pp. 55-56.

mantenimientos y juntamente trajeron vino, con tanta abundancia que habiendo comido y bebido a deseo toda aquella gente, aún sobraron vituallas, ni el vino se acabó de consumir. Este raro suceso depuso en el Proceso Antonio Roca, catalán, oriundo de Mallorca, que iba entonces en la comitiva del santo, y que todos lo atribuyeron a evidente milagro, ya por lo pronto y no esperado de tan cuantioso abasto, ya también porque sólo movidos de superior instinto acudieron los lugareños de la comarca, sin noticia alguna de la necesidad que a la sazón padecía la comitiva del santo.

Otro caso sucedió en Berga, lugar de Cataluña, donde predicó algunos días. El asunto del primer día fueron las alabanzas del Nombre de Jesús. El siguiente día, como empezase a llover reciamente durante el sermón, algunos que habían concurrido a oírle, se retiraron a la casa de un hornero que era un malvado moro y se recogieron en un corral de leña cubierto, que había en la casa. Entre los que allí se refugiaron había una piadosa mujer, la cual vuelta al hornero moro, le dijo: *Hermano, ¿por qué tú nunca vas al sermón del santo Padre?* Enfurecióse el moro y con una furia infernal, respondió: *Maldito sea vuestro Padre santo, ahora veremos si hoy valen sus santidades;* y diciendo y haciendo, dio tan prontamente fuego a la leña seca del corral, que luego se vieron cercados los cristianos de poderosas llamas. Y viéndose destruidos de socorro humano, apelaron al divino y apenas invocaron el dulcísimo Nombre de Jesús juntamente con el de nuestro san Vicente, cuando de repente se apagó el crecido incendio de modo tan maravilloso, que en vista de él, depuso su perfidia el moro. Convirtióse a la fe de Cristo y, pasados tres días, le bautizó el mismo santo y perseveró en el cristianismo ⁶⁸.

“Pasando por la villa de Nules en 1410 predicó en ella san Vicente y sucedió este milagro. Habiendo hecho un tablado fuera de la iglesia, como se acostumbraba para que el santo cantara la misa y después predicara, cargó tanta gente sobre el tablado que se desplomó y, haciendo el santo la señal de la cruz, ninguno de los que estaba sobre él ni debajo recibió daño. El mismo santo refirió este milagro en un sermón de santo Tomás apóstol, con estas palabras, vertidas del valenciano al castellano, diciendo:

Responderé ahora a una pregunta que algunos me hacen: *¿Por qué hago la cruz hacia el tablado sobre la gente antes que diga misa?* Por experiencia he visto en trece años que predico fuera de la iglesia estas cosas que os diré. En Saboya, predicando yo por fiestas de Navidad en un castillo donde se hallaba el conde y la condesa prediqué en una gran sala; en lo alto de las paredes había unas ventanas con unas grandes puertas, de repente a la mitad del sermón cayó una de ellas sobre toda la gente y no hizo más daño que una pajueta. Más, en otra ciudad

⁶⁸ Teixidor, tomo 1, pp. 452-453.

predicaba en un alto tablado y había de subir por una escala de gatos, y cayó sobre la gente sin hacer daño alguno. En Reus, cerca de Tarragona, se tronchó el tablado y no hizo mal a nadie. Más, en Chinchilla nos libramos asimismo de otro peligro muy grande. *En Nules cerca de Valencia se desplomó una gran parte del tablado sobre el cual y debajo de él había mucha gente, y nadie recibió daño.* Por lo cual no os maravilléis, por qué hago del modo dicho la señal de la cruz, porque en mi corazón, cuando he de predicar fuera de la iglesia, estoy con temor, pero en la iglesia no”⁶⁹.

En noviembre de 1410 iba de camino “con las doscientas sesenta personas y más que le seguían, advirtiéndole que la gente cansada y falta de alimento, desfallecía, les dijo: *Hijos fiad en Dios: tras ese cerro que tenemos delante, hallaremos una venta donde seremos bien hospedados.* Estas palabras fueron de mucho consuelo a la devota comitiva. Subiendo pues la cuesta, vieron en el camino una venta, que parecía nuevamente edificada, cuyo huésped los recibió con muy buen rostro y les dio el mejor recaudo que ellos pudieran desear.

Prosiguiendo el santo su jornada y entendiéndole con luz profética que un hombre de la comitiva no creía en sus milagros y solamente le seguía por el aprecio que hacía de su doctrina y consejo, le llamó cuando ya estaban a alguna distancia de la venta y le rogó volviese a ella para traerle el birrete que en ella se había dejado. Volvió corriendo el incrédulo discípulo y llegando presuroso al sitio, sólo halló —con extraño asombro suyo— una dilatada campiña, pero no la venta, ni el menor vestigio de su fábrica, viendo solamente pendiente de la rama de un árbol el birrete del santo. Volvió muchas veces a registrar cuidadosamente todo aquel campo y no hallando vestigio de la venta, no permitiendo las señas del cerro y del camino duda de que aquél era el mismo paraje donde él y la comitiva tuvo alivio y socorro en su necesidad, conoció de aquí que aquella aparente fábrica y el abasto de la gente, todo había sido milagroso. Y así reconoció su engaño y creyó en las maravillas del santo, el cual el mismo día le hizo hablar a una pobre muda, que en el camino le salió al encuentro y le pidió la salud”⁷⁰.

“No se contentó el varón apostólico con haber predicado en la ciudad de Valencia, y así resolvió participar el mismo favor a algunas poblaciones de su reino. Con este ánimo salió de Valencia el día 26 de agosto del año 1410 y llegó a la antiquísima Villa de Liria a tiempo que sus vecinos estaban sumamente afligidos por habérseles secado su caudalosa fuente, que era su riqueza, pues de ella pendían casi todas sus riquezas. Presentaron al santo su desconsuelo y, compadecido, celebró misa y concluida, se fue al lugar donde solía manar el agua y, echada su bendición, volvió a salir con abundancia. En memoria de esto, sus

⁶⁹ Teixidor, tomo 1, p. 297.

⁷⁰ Teixidor, tomo 1, p. 334.

devotos han labrado cabe la misma fuente una capilla o ermita en honra de nuestro santo, que al presente poseen los religiosos trinitarios calzados. *Cada día en la misa conventual se dice cierta oración para que Dios les guarde el agua, la cual oración pretenden que ordenó el padre san Vicente.*

Otra de las poblaciones que benefició san Vicente en esta visita fue la Villa de Teulada, población no muy lejos de Cabo Martín en el reino de Valencia, donde fue informado que cada día venían moros y talaban la tierra y se llevaban muchos cautivos. Era el santo bien semejante a Job, con el cual desde su niñez creció la misericordia. Y así, poniéndose en cierta parte del término de aquel pueblo, hizo una cruz en la peña y dijo *que no llegarían más allí moros*. En testimonio de esto, desde entonces acá, muchas veces han desembarcado moros cerca y nunca han llegado a Teulada, con ser verdad que han hecho gran daño en algunos pueblos cercanos. También dicen los de la misma tierra que después que san Vicente estuvo en ella, nunca más han padecido pestilencia que no pocas veces les solía dar pena, y san Vicente les aseguró que no padecerían semejante calamidad.

Fue cosa maravillosa lo que sucedió el año 1532, cuando encendiéndose la peste con furor en aquella parte del reino, no hirió a vecino alguno de Teulada, mientras en Benisa, lugar muy vecino a esta Villa, hirió de manera que no sólo acabó con todos sus moradores grandes y chicos, sino que mató a cuantos animales había en él, hasta los gatos y perros”⁷¹.

El Maestro fray Joseph Ponti refiere en sus *Fragmentos Históricos y Noticias de los tiempos*, como cosa sucedida y averiguada en sus días:

“Este año 1685 viernes a 11 de mayo sucedió en Valencia que pasando el Santísimo Sacramento para un enfermo, por la tarde, por santa Tecla, una lámpara que está dentro de una linterna colgada ante una cruz, que mira a la calle de Campaneros, se encendió por ella misma sin aceite por haberse acabado. Está la dicha cruz en un nicho con unas puertas en las cuales están pintados los dos Vicentes, mártir y Ferrer. Y el día antecedente sucedió que paseando un pobre mendigo, dijo que *¿cómo no tenían encendida la lámpara para alumbrar la cruz que había puesto allí san Vicente Ferrer viviendo?* Y diciéndole que no había quién pagase el aceite, dio dos dineros para aceite y se fue, y no pareció más, ni conocieron quién era el pobre. Compraron el aceite y ardió la lámpara aquella noche en que se acabó el aceite y murió la luz, y estuvo apagada y sin aceite hasta la tarde, que pasando Nuestro Señor se encendió por sí misma, y lo vieron

⁷¹ Teixidor, tomo 1, pp. 320-321.

muchos por sus mismos ojos y duró hasta media noche. De lo que se hizo puntual averiguación ⁷².

13. CURACIONES

San Vicente Ferrer tuvo el don de curar. Dios le concedió este carisma para confirmar la veracidad de su doctrina. Veamos algunos ejemplos.

Juan Massa nos dice: *Un día, estando san Vicente en su celda, llegaron dos, un eclesiástico y un seglar, llevando en brazos un paralítico, pidiendo la bendición de fray Vicente. Como los servidores del convento les dijeron que vinieran después de comer, el mismo paralítico, no queriendo retroceder y gritando que se le diera la bendición, con sus manos, como pudo, agarró una barra y quienes iban con él lo acercaron. Fray Vicente preguntó al paralítico qué quería y le respondió que llevaba siete años postrado. Entonces fray Vicente, invocando el nombre de Dios, diciendo Jesús, le dio al enfermo la bendición con gran devoción “en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”. Después con sus manos tocó al enfermo en distintas partes del cuerpo y recitando algunas oraciones lo bendijo. Recibida la bendición, llevaron al paralítico a una pensión hospitalaria. El enfermo se puso mal, creyendo que iba a morir y lo dejaron con una vela encendida, pues los otros fueron a comer y beber algo. Entonces el paralítico se levantó por sus propios pies y se acercó a ellos y les dijo que ya estaba sano y les rogó que lo llevaran a fray Vicente para darle las gracias. El testigo asegura que lo vio después muchas veces totalmente sano ⁷³.*

El doctor en leyes Galhardo Dahusti nos dice que *su padre sufría de una pleuresía y estaba en cama. Viéndolo en tal situación, este testigo lo vistió y se lo llevó a la habitación del arzobispado donde moraba fray Vicente, al cual saludó con una palabra de cortesía, besó su mano y recibió de él la bendición; y su padre regresó a casa totalmente sano ⁷⁴.*

Asegura fray Guillermo Miguel: *Cierta señora tenía un sobrino enfermo de muerte con un dolor tan fuerte en todo el cuerpo que no podía dormir ni descansar y no quedaba hálito en él. Esta señora vino a visitarlo después de una predicación y le presentó al niño. Él, hecha la señal de la cruz, puso sus manos sobre la cabeza del niño e hizo una oración a Dios. Hecha la oración, quedó el niño totalmente sano ⁷⁵.*

⁷² Teixidor, tomo 1, p. 313.

⁷³ Proceso pp. 57-58.

⁷⁴ Proceso p. 89.

⁷⁵ Proceso p. 44-45.

“Había muchas mujeres que no podían tener descendencia, a quienes el Maestro daba unas normas para bien vivir y orar. Les imponía, entre otras cosas, que cada mañana y cada tarde rezaran el *Credo*, el *Ave María*, el *Padre nuestro*, y que recitaran el Salmo *Beati omnes*. Y que usaran de su matrimonio, dando cada cual su débito al otro. Con la bendición de Dios, muchos tuvieron después hijos, entre otros el señor duque de Bretaña, padre del duque que hoy domina, el cual, por las oraciones del Maestro Vicente, tuvo un hijo al que el mismo Maestro bautizó con licencia del Santo Padre, Martín V, y le impuso el nombre de Vicente de Bretaña”⁷⁶.

El padre Pedro, abad del monasterio de Fuentefría, declaró que, *cuando fray Vicente predicaba en Barcelona, había peste en la ciudad. El santo indujo al pueblo a penitencia y disciplina e inmediatamente cesó la peste. Añadió que en una ocasión su padre llevó a su hermana Eleonor al padre Vicente, porque padecía de un terrible morbo en el cuello y ningún remedio la había podido curar y que, tocada por fray Vicente y recitadas unas oraciones, hecha la señal de la cruz, se curó inmediatamente*⁷⁷.

“Predicando en Francia, en el ducado de Bretaña, en la ciudad de Nantes, en el sermón había sesenta o setenta mil hombres, mujeres y niños, y acudían a él muchos leprosos y enfermos de diversas enfermedades. Entre ellos hubo uno, llamado Juan Leben, atacado por una grave enfermedad; había yacido en el lecho durante 18 años, sin poder ser curado; y cuando los demás enfermos corrían al Maestro para ser sanados de sus enfermedades, él no podía acercarse. Después del sermón clamó fuertemente, diciendo: *Oh siervo de Dios, oh amigo de Dios, escúchame y mírame*. Y no cesó de dar voces: *Siervo de Dios, compadécete de mí*.

Movido a piedad por las súplicas, el Maestro se acercó a él y le dijo: *Plata y oro no tengo, pero lo que Dios me dio eso quiero impetrar para ti: en el nombre de nuestro Señor Jesucristo, levántate y vete en paz a tu casa*. Y le impuso las manos, diciendo: *Impondrán las manos sobre los enfermos y obtendrán el bien*. E inmediatamente se levantó sano. El Maestro Vicente dijo con lágrimas: *No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a tu Nombre da la gloria*. Y el que había sido curado, apenas podía salir e ir a su casa, porque la multitud se lo impedía”⁷⁸.

⁷⁶ Proceso pp.166.

⁷⁷ Proceso p. 161.

⁷⁸ Proceso pp. 165-166.

El padre Juan Soler manifestó “haber escuchado a su madre carnal que, cuando siendo pequeño tomaba el pecho materno, y estando predicando el Maestro Vicente en la villa llamada Caldas de Montboy, de la diócesis de Barcelona, su madre, muy devota, acudió al lugar donde predicaba el Maestro, llevando al hijo que lloraba mucho, porque estaba herniado, lo que ocurre frecuentemente en la niñez, y lo presentó al Maestro Vicente, mostrándole su enfermedad, suplicándole con lágrimas que se dignara proveer con sus oraciones el remedio de la salud para su hijo. El Maestro le dijo: *Mujer, ten buena esperanza porque este tu hijo será liberado, y será clérigo, y tú quedarás consolada.* Después, hecha la señal de la cruz y dichas las oraciones que acostumbraba, la madre del testigo se marchó a su casa; y desde aquella hora el niño fue poco a poco a mejor, hasta la total y perfecta salud. La madre lo atribuía a la santidad y a las oraciones del Maestro Vicente.

Contó igualmente que, estando él en la ciudad Bituricense, en Francia, en casa de un ciudadano famoso llamado Juan de Castroforte, quien tenía una esposa noble llamada Juanita, que padecía una enfermedad en las manos con un muy fuerte y casi intolerable dolor; que acudiendo con gran devoción a la predicación del dicho Maestro, un día se le acercó mostrándole la enfermedad que padecía, rogándole con lágrimas se dignara socorrerla en sus oraciones. Vista la devoción y la fe de la mujer, hizo la señal de la cruz sobre los lánguidos miembros y, recitada la oración acostumbrada, la mujer consiguió el beneficio de la salud”(Proceso p. 172).

Guillermo Petri atestigua que “hacia tres años había perdido la vista y, aunque sabía leer y razonar y hablar en latín, sin embargo, durante ese tiempo de tres años estaba tan debilitado que no podía leer de ningún modo, ni conocer las letras; es más, lo que es más grave, de ningún modo podía reconocer a quienes antes conocía, ni siquiera a su padre o a su madre, ni a nadie, de tal forma que supiera discernir perfectamente a las personas. Cuando el Maestro Vicente llegó a predicar en el Monte del Olivo, de la diócesis de Carasona —el día de Santa María del pasado mes de marzo hizo unos 37 años— el testigo que habla, que moraba entonces en Branno, distante de Monte Olivo como dos leguas, oída la fama y la predicación y la santidad del Maestro Vicente, movido por devoción, el dicho día de la fiesta de la Bienaventurada María del mes de marzo, desde Brunno acudió al Monte Olivo para oír la predicación del Maestro Vicente, encontrándole alojado en la capellanía de dicho lugar.

Y mientras el Maestro Vicente descendía por la escalera para predicar su sermón fuera de la villa en cierto lugar allí señalado, el testigo se puso de rodillas, al pie de la escalera, diciendo al Maestro Vicente que creyera que él era un verdadero discípulo de Cristo, suplicándole en alta voz que en nombre de nuestro Señor Jesucristo quisiera curarle de su enfermedad de los ojos y le

restituyera la vista. Entonces, el Maestro Vicente, oyendo las palabras predichas, se quedó en pie y signó al testigo con la señal de la cruz en la cara y dijo algunas palabras de las que no se acuerda, por el tiempo que ha pasado, y volvió a hacer la señal de la cruz; y el que habla, en seguida, allí mismo, en presencia de más de 200 personas recobró la vista, de modo que tuvo buena vista como cualquier hombre puede tenerla, y todavía tiene una vista clara, por la gracia de Dios”⁷⁹.

Tomás Le Brun dice: *Cierto día, cuando el Maestro Vicente regresaba de la predicación a casa, la señora Margareta había puesto al fuego una caldera llena de agua de colada y estaba entonces hirviendo. Un hijo suyo, Juan, que entonces tenía tres años, y que vive todavía, cayó en dicha caldera hirviendo, por lo que se esperaba muriera, o, al menos, quedase incapacitado. Y, habiendo aclamado al Maestro Vicente y el Maestro escuchase el clamor, fue conducido hasta allí y le dio la bendición. Con ella, se sintió mejor, y al cabo de dos días estaba sano del todo. Lo cual fue tenido y acogido, en la ciudad, como un milagro. El mismo testigo cree que fue así, aunque entonces era joven*⁸⁰.

Otro día “le presentaron un sordo, que lo estaba hacía seis años sin aprovecharle remedios. Impúsole el santo las manos, hizo su deprecación y dándole su bendición lo dejó perfectamente sano. Poco después acudió a nuestro convento una noble señora, ciega, que venía de Tours para que el santo la curase. Tocóle san Vicente por tres veces los ojos, repitiendo estas palabras: *Jesús te alumbre*; y con sólo esto cobró la vista muy clara y perfecta, y se restituyó alegre a su tierra, asistida de su esposo...

En Vannes los oyentes llegaban a veces a setenta mil personas y todos le oían con tanto gusto. Nadie dejaba el puesto aunque lloviese o nevase. Curó por estos días varios enfermos. Soldó y dejó sana una costilla quebrada de un marinero con una oración, añadiendo el contacto de sus manos y la bendición. Con el mismo contacto curó de repente una paralítica de la cabeza y brazo. Con su bendición libró a otra mujer del intenso dolor de cabeza, que desde hacía veinte años padecía, sin que le repitiese en otros veinte. De este accidente libró a otras dos, imponiéndoles las manos y haciendo una breve deprecación. A una embarazada libró de un grande dolor de vientre y avisó que al pisar el umbral de su casa daría a luz, como sucedió. De semejante pena libró a una dama de la duquesa. Y a la misma duquesa, que sólo tenía un hijo llamado Francisco y deseaba tener más, le alcanzó con la oración otro infante, que de su mano bautizó con autoridad del Papa y le llamó Vicente. Murió este niño en breve y

⁷⁹ Proceso p. 144.

⁸⁰ Proceso p. 288.

luego el santo le anunció otro, el cual fue don Pedro, quién muerto don Francisco, pasó a ser duque de Bretaña”⁸¹.

Bernardo, Catalán de Prats dijo que “mientras el Maestro Vicente se hallaba en la ciudad de Lérida, estaba predicando cierto día en el lugar de Santo Domingo de la Orden de Predicadores, de la misma ciudad, fuera de la iglesia, en despoblado. Estaba presente el rey Fernando y una gran multitud de pueblo. Fray Vicente, desde el púlpito, vio a lo lejos, a media milla, a un hombre enfermo y debilitado en sus miembros, de forma que no podía caminar sino arrastrándose, con las manos en tierra. Viéndolo, fray Vicente dijo así al rey Fernando: *Sagrada Majestad, viene un hombre, a quien veo de lejos, debilitado de miembros, que no puede caminar sino con las manos en tierra; ruego, por la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que le enviéis a dos de vuestros soldados, dignos de fe, para ver si es verdad que está debilitado de sus miembros y no puede caminar sino arrastrándose.* El rey Fernando envió a dos de sus soldados, a saber, al señor Guillermo de Apella, del condado de Urgel y al señor Hugo de Vagliatz, los cuales encontraron a dicho hombre debilitado y enfermo, como había dicho fray Vicente. Después le llevaron al enfermo, y vieron cómo fray Vicente hacía la cruz sobre el enfermo y, de repente, éste se levantó y caminaba por sus pies sin ayuda de las manos, como si estuviese sano. Y esto dijo haber sido público, ante el rey y ante el pueblo, contando los mismos militares la enfermedad y la salud alcanzada del modo predicho. El testigo estuvo presente y lo vio; y han pasado cerca de 40 años, más o menos. Interrogado si la salud fue duradera respondió que sí, porque lo vio durante dos años siguiendo al Maestro Vicente en su Compañía”⁸².

“En Montblanc, un desdichado hombre llamado Mateo, perdió el oído y también el seso y con su fusta mató algunos hombres; por lo cual fue echado de la tierra y hacía vida en los desiertos como bestia. Cuando vino el tiempo en que la misericordia de Dios quiso remediarle, soñó que volvía a Montblanc y que un fraile predicador le sanaba. Con esta imaginación vino a Montblanc y halló a san Vicente predicando a muchos enfermos; y juntándose con ellos, contó al santo su trabajo y díjolo con tanto sentimiento y lágrimas, que al mismo santo hizo llorar, así como lloró el Redentor viendo llorar a la Magdalena. Apartóse el bienaventurado padre de la gente y recogióse un rato con Dios; y a lo que parece, como otro Moisés, estuvo debatiendo (a nuestro modo de hablar) con la justicia de Dios. En fin, cuando alcanzó del mismo Dios lo que quiso, volvió al hombre y haciéndole la señal de la cruz en la frente y orejas, le metió los dedos en ellas, y le dijo: *No dudes, hijo, que Dios te dará perfecta salud, pero antes que de aquí te vayas, confiesa tus pecados al sacerdote y toma de buena voluntad la penitencia*

⁸¹ Teixidor, tomo 2, pp. 552-553.

⁸² Proceso pp. 162-163.

que te diere. Porque te hago saber que tus pecados te trajeron a tan triste estado como has pasado; y aún la justicia de Dios no se acababa de satisfacer con eso, sino que te había de castigar con los eternos tormentos del infierno. No quiso el hombre confesarse con otro que con el mismo santo y él le cargó una penitencia de ocho meses, en los cuales siempre le siguió como penitente”⁸³.

“En la misma Villa de Montblanc, le trajeron un hombre lisiado y tullido, quince años hacía que no se podía mover. Rogáronle los padres al mozo que le sanase y él, volviéndose a una imagen de nuestra Señora que allí estaba, hizo oración por él; y con el favor de la reina del cielo, por cuyas manos nos hace Dios tantas mercedes, hizo una cruz sobre el enfermo y con gran espanto de la gente, se levantó luego y se fue de allí por sus pies”⁸⁴.

“Perseverando el santo en la dicha Villa de Montblanc le sucedió una desgracia a un mozo albañil llamado Antonio Pío. Trabajaba juntamente con su padre en la iglesia principal dedicada a nuestra Señora y falseando un madero dio tal caída que se le quebraron los huesos y dijeron los médicos moriría luego. Recibió los sacramentos y quedó tan estropeado que no se pudo hacer llevar a donde el santo estaba. Rogóle pues por tercera persona que le viniese a visitar, lo cual el santo hizo de muy buena gana, porque gustaba mucho de visitar enfermos. Cuando Antonio vio al santo dentro de su cámara, le crecieron las esperanzas y deseo de salud... El santo hizo una breve oración, lo santiguó y le dijo: *Mañana te hallarás con entera salud e irás a la iglesia.* Y así fue”⁸⁵.

El 26 de agosto de 1413 estaba en Barcelona. “Estuvo pocos días, pero uno de ellos, predicando en el convento de santa Catalina mártir, se le puso delante uno de los vecinos llamado Luis Cataldo al bajar del púlpito, pidiéndole que lo curase de un fuerte dolor de cabeza que le tenía atormentado desde hacía dos años sin aprovecharle medicinas ni encontrar los médicos remedio a su salud. Le dijo el santo: *Hijo, ni soy médico ni Dios para curarte.* Replicó el enfermo: *Es mucha mi devoción respecto de Vos y espero conseguir la salud por vuestra mano.* Se compadeció el santo y con solo aplicarle sus manos a la cabeza y decir ciertas oraciones, le dejó libre de aquel molesto dolor”⁸⁶.

En 1418 obró un prodigio con Guillem de Villiers, “niño de 12 años, natural de San Gil. Este muchacho por causa de un tumor perdió el habla, sin poder comer ni beber y perdió también el sentido del tacto; azotándole con varas hasta sacarle la sangre, no sentía dolor alguno, ni se quejaba o lloraba. Sólo se le advertía que si por lo que le decían se enojaba, echaba sangre por las narices.

⁸³ Ranzano P., *Vita sancti Vicentii Ferrerii*, Valencia, 1693, libro 3, N° 32.

⁸⁴ *Ibidem*.

⁸⁵ Ranzano P., o.c., libro 3, N° 34.

⁸⁶ Teixidor, tomo 1, p. 406.

Pero lo más raro de la constitución de este niño era que sin comer bocado en año y medio que padecía su extraña indisposición, se conservaba robusto, crecía y engordaba. Presentáronselo al varón de Dios cuando acababa de predicar y el santo pidió las oraciones de todo el concurso, encargando a la gente rogase por él. Oró también un rato y luego, habiéndole santiguado y bendecido, le dijo: *¿Qué quieres niño?* Al eco de esta voz, pronunció *Jesús* y añadió: *Padre, una merced de Dios que en este instante se cumple.* Esta fue cobrar el sentido, hablar con expedición y poder comer y beber, como lo hizo delante del concurso. Declaró entonces el santo cómo aquel muchacho, en el año y medio de su indisposición, había tenido en custodia suya un ángel bueno, que le había conservado y hecho engordar y crecer”⁸⁷.

El hermano del enfermo, Juan de Villiers declaró en el Proceso que san Vicente había asegurado que *el niño tenía en su cuerpo un espíritu bueno que lo sostenía y no un espíritu maligno. La prueba estaba en que dormía, crecía y no padecía ningún dolor*⁸⁸.

14. SU MUERTE

En 1419, “viendo los discípulos al siervo de Dios tan desposeído de fuerzas, deseaban mucho que volviese a su amada patria Valencia, para que lograrse su dichosa patria poseer el tesoro de su santo cuerpo. Rogábanle por esto que se animase y tomase cuanto antes el camino para España. El santo condescendió a tan repetidas súplicas... Y para no motivar mayores llantos en el pueblo no quiso partir de Vannes de día y así emprendió el viaje al anochecer. Caminó con sus discípulos toda la noche y, al amanecer, cuando entendía haber hecho algunas leguas de camino, se halló a las mismas puertas de Vannes. En vista de este aviso y disposición del cielo, dijo a los suyos: *Hijos, no hay que hablar en materia de volver a Valencia, cuando Dios nuestro Señor con tan clara evidencia manifiesta ser voluntad suya que muera yo en esta tierra...*

Hospedóse en casa del señor Dreulin y luego que llegó a la posada, dijo a los ciudadanos y a los que le acompañaban: *Carísimos es voluntad del Altísimo que vuelva a vosotros, no para predicar como hasta ahora, sino para poner clausula al extremo día de mi vida. Entro ya en la carrera última donde paramos todos los mortales, para devolver a la tierra el polvo de que todos somos formados. Vosotros todos volveos a vuestras posadas que el clementísimo y buen Señor que os ha traído, confío os dará el debido premio por este honor que me habéis hecho.* Estas y otras muchas semejantes palabras que les dijo, les hizo a

⁸⁷ Teixidor, tomo 2, p. 560.

⁸⁸ Proceso pp. 406.

todos derramar copiosas lágrimas. Dióles la bendición a todos y habiendo entre ellos acudido varios enfermos para alcanzar por su medio el beneficio de la salud, la lograron muchos con la bendición del siervo de Dios y, en particular, una noble señora muy trabajada de dolor de costado.

Poco después le sobrevinieron al santo unas gravísimas calenturas con intensísimos dolores por todo el cuerpo, con lo cual hubo de hacer cama y esta fue la primera vez que la admitió. Súpolo la duquesa y acudió luego a asistirle en su enfermedad como enfermera, acompañada de la condesa de Perhoet, hermana del duque su esposo, y juntamente de la vizcondesa de Rohan y de la señora de Malestret. Hizo llamar la duquesa a sus mejores médicos; mas como san Vicente sabía que el Señor quería por medio de aquella enfermedad llevárselo al descanso eterno, agradeció el cuidado piedad de aquella señora, pero no quiso le recetasen medicina alguna los médicos, dejándose enteramente en manos del Creador.

Tampoco quiso en el discurso de su enfermedad probar la carne ni aún gustar cosa alguna guisada con ella, aunque la duquesa y sus damas (con la afición filial que le tenían) le engañaron algunas veces con algunos pistos de carne, dándole a entender que eran de cierto género de pescado muy sustancioso. Tampoco quiso vestir camisa, sino túnica de lana, aunque pudieron conseguir aquellas piadosas hijas espirituales que se quitase el asperísimo cilicio de cerdas que toda su vida llevó como jubón.

Agravándose cada día más la enfermedad, le fueron a visitar el obispo don Mauricio y los cónsules de la ciudad y toda la nobleza de Vannes, afligidísimos de que los dejase su buen padre...

Llegó el día tres de abril, lunes de Pasión, y, llamando san Vicente un confesor de su hábito, se confesó y pidió que le aplicase la indulgencia plenaria, que para el artículo de la muerte le había concedido Martín V, y lo mismo hizo después el Vicario de la catedral, que se llamaba Juan Coller. Recibió poco después el Viático con aquella piedad y ternura que de su espíritu abrasado en divinos amores se deja entender, y luego se siguió la santa unción, ministrándole uno y otro sacramento de la iglesia catedral el sobredicho Vicario...

¡Preguntóle su discípulo fray Ivo de Milloren dónde quería ser enterrado; a lo que respondió lo mismo que al Magistrado de Vannes que le preguntó también para evitar pleitos: *Yo, digo, soy de mi profesión un pobre religioso y siervo de Jesucristo, y así no pienso en el modo de mi entierro, sino en el depósito de mi alma. Pero así como viviendo he deseado y procurado la paz, también deseo se mantenga después de mi muerte. Y para esto, no habiendo en esta ciudad convento de mi Orden, dejo esa disposición al arbitrio del obispo y del duque. Pero si puede ser, hágase conforme gustare el Prior del convento más cercano*

de mi Orden. El día siguiente, martes de Pasión, habiendo encomendado antes que al entrar en la agonía le leyesen la Pasión de Jesús según los cuatro evangelistas, entró nuestro santo en aquel paso tremendo, muy regalada su alma con la devotísima y frecuentísima repetida invocación de los dulcísimos Nombres de Jesús y de María. Faltóle del todo el habla; pero se traslucían en su venerable rostro ciertos indicios de los abrasados incendios de amor en que santamente ardía aquel su apostólico corazón con estos o semejantes afectos a Cristo Crucificado...

Un clérigo de su Compañía, puesto a la cabecera, le recitó la Pasión del Salvador según el texto de los cuatro Evangelistas, como el santo tenía encargado. Pasó de aquí a rezar a los oídos del santo, no sólo los *siete Salmos Penitenciales* (que el gran Agustín en aquella misma hora quiso tener presentes), sino todo el *Salterio de David*; y luego todos los asistentes, arrasados en lágrimas, las letanías mayores. Durante este piadoso oficio se trasmudó el rostro de san Vicente, bañándose de una peregrina alegría y alborozo celestial. Juntó, como para orar, las manos y elevándolas juntamente con los ojos al cielo, al concluirse las letanías, entregó su purísimo espíritu en manos de su Creador el miércoles 5 de abril, entre las tres y cuatro de la tarde, corriendo el año del Señor (según el estiló de la Iglesia romana) de 1419 y del santo en edad de sesenta y nueve años, dos meses y trece días”⁸⁹.

15. MARAVILLAS DESPUÉS DE SU MUERTE

“Luego que expiró el santo, manifestó y celebró el cielo con un prodigio su feliz tránsito a la Gloria y fue que, de repente y por sí misma, se abrió la ventana de su cuarto y en crecido número entraron por ella unas cándidas y hermosas aves como mariposas, exhalando tan suaves y fragantes olores que cuántos se hallaban en la pieza juzgaron ser espíritus angélicos, que apareciendo en forma de aquellasavecillas misteriosas, celebraban la entrada de nuestro santo en las amenas estancias del celestial paraíso”⁹⁰.

Después de su muerte “pasó la duquesa de Bretaña, hecha un mar de lágrimas, a ejecutar en su venerable cadáver los piadosos oficios que entonces se estilaban, lavándole y amortajándole con tiernos sollozos y filiales afectos. Quitóle la capa y túnica, poniéndole las de su confesor, religioso también de la Orden, guardando como preciosas reliquias las del santo. El agua con que lavó el virginal cuerpo quedó exhalando suavísimos olores y sirvió de milagroso remedio para varios enfermos, que bebiendo de ella cobraron la salud.

⁸⁹ Teixidor, tomo 2, pp. 566-570.

⁹⁰ Teixidor, tomo 2, p. 570.

Conservóla a este fin mucho tiempo sin que se corrompiese o avivase en gusanos”⁹¹.

Aquella misma tarde en que murió el santo dispuso el obispo las exequias y solemne procesión del entierro. Asistió a ellas el obispo de Vannes y en compañía de Roberto, obispo de San Maló, llevó hasta la catedral el cuerpo del santo, bien escoltado de soldados. Colocóse en medio del coro con la cara descubierta y dióse lugar a la gente para besarle las manos y tocar rosarios y medallas al sagrado cuerpo.

Hecho esto, el obispo, cerrando el santo cadáver en la sacristía (donde estuvo tres días sin desfigurarse, ni despedir mal olor), envió un expreso al duque don Juan, consultándole qué hacer. Estaba a la sazón este príncipe en el lugar de Manuet y respondió conformándose en todo con el parecer del obispo. Quien pasó luego a sacarle de la sacristía y con grande solemnidad, celebrando las exequias como el duque había ordenado, conformes a su dignidad y méritos del santo; habiendo concurrido casi todos los de Bretaña y entre ellos muchos de la nobleza y personas de distinción, que el duque había convocado. Fue tanto el concurso y tropel de la gente que luego le hubo de enterrar dentro del coro, delante de la Silla episcopal que mira hacia al altar mayor en una urna de piedra muy fuerte, donde desde luego empezó a obrar milagros.

Aquella misma noche, acostándose sobre la lápida que cerraba el sepulcro un leproso, se halló al amanecer sano y limpio. A este modo se fueron siguiendo curaciones milagrosas en tanto número que, a tropas corrían al sepulcro y llevaban enfermos, para conseguir el beneficio de las maravillosas curaciones que se experimentaban. El mismo cantero que labró el sepulcro se curó de una llaga que tenía en la pierna. El colchón en que murió el santo quedó tan milagroso, que acostándose en él, tres heridos de una calentura pestilente, se levantaron luego sanos. El obispo Ranzano escribió que más de 400 hombres, acostándose en él por breve tiempo, quedaron sanos”⁹².

Fray Pedro Gauteril refiere dos milagros obrados por Dios en Toulouse, por los méritos y preces de Maestro Vicente y que el testigo experimentó, no sólo de oídas, sino también de vista.

“El primero tuvo lugar en la esposa del señor don Juan Ambrini, burgués tolosano, que estuvo muy enferma, acostada en el lecho durante largo tiempo, atacada especialmente por un intenso dolor de cabeza, por cuya razón no podía descansar ni de noche ni de día. Visitándola el testigo que habla, le dijo que

⁹¹ Teixidor, tomo 2, p. 573.

⁹² Teixidor, tomo 2, pp. 574-575.

tuviera devoción al Maestro Vicente, pues esperaba que por sus méritos y sus preces encontraría el descanso. Y le prometió que al día siguiente le llevaría el birrete del santo, que guardaban con todo respeto en el convento, en un cofre. Así lo hizo, y lo colocó debajo de la almohada en la que se reclinaba la enferma. Esa misma noche descansó y se levantó curada de aquella enfermedad. Y vive. La noticia la saben muchas personas de la ciudad.

El segundo fue el milagro de un niño, hijo del señor juez. El pequeño estaba enfermo en casa del señor don Roberto Assalleti, mercader, que vivía en la misma casa de la abuela del niño, que era hermana de la mujer de dicho señor Roberto, y que fue esposa del señor Pedro de Gallo. Todos creían que el niño estaba muerto. Visitándolo el testigo que habla, refirió el milagro obrado en la señora del caso anterior —gracias a los méritos y ruegos del siervo de Dios— por la imposición del birrete. Oído lo cual, las señoras, esto es, la abuela del pequeño y su hermana, cobraron gran devoción a san Vicente, rogando al testigo que les trajera el birrete. Así lo hizo, y puesto en el cabezal del lecho en el que el niño estaba acostado, enseguida encontró el remedio, convaleció y fue sanado. Y, gracias a Dios, aún vive”⁹³.

Miguel Maceot relata que, más o menos un año después de la muerte del santo, vio a un grupo de hombres y mujeres venidos desde Normandía, que habían llevado al sepulcro a un niño, asegurando que lo habían transportado muerto y que lo habían encomendado al siervo de Dios para que le devolviera la vida; y que, hecho el voto, gracias a la intercesión de san Vicente según creen, resucitó y recuperó la vida. Para la exaltación de este milagro, el testigo vio y oyó cómo repicaban las campanas.

Añade que hace unos dos meses, él mismo enfermó de un ojo, pensando que tenía dentro o una piedra o una astilla. No podía ni dormir ni descansar y, para recuperar la normalidad, se encomendó al santo. En seguida, hecho el voto, recuperó la salud y lo cual cree sinceramente que sucedió de forma milagrosa gracias al siervo de Dios. Por ello, ofreció un ojo de cera al sepulcro, dando gracias humilde y devotamente.

Depone igualmente haber conocido a muchos otros, tanto de Francia como de España, y de otros lugares, que venían en peregrinación al sepulcro del santo, pernoctando en él, y asegurando haberse visto sanados de diversas enfermedades por su intercesión”⁹⁴.

⁹³ Proceso p. 76.

⁹⁴ Proceso p. 256.

“En la ciudad de Vannes, donde está el cuerpo del bienaventurado Vicente, había un hombre que tenía una mujer loca. Teniendo que ir a trabajar, mandó a su mujer que le preparara la comida para cuando él volviera a casa. La mujer, que tenía un hijo de su marido, de catorce meses de edad, en un acto de locura, tomó un cuchillo y mató a su hijo. El padre al saberlo se fue a la iglesia en la que está el el cuerpo del bienaventurado Vicente, y estuvo allí hasta la noche. Y sacado de la iglesia por los encargados, volvió a su casa, y allí encontró a su hijo jugando debajo de la cama, como acostumbran los niños, teniendo dicha cuarta parte de su cuerpo teñida del color de azafrán, como fuera cocida. Este padre, viendo el maravilloso milagro, en el mismo instante, ofreció a su hijo a dicha iglesia para servir al bienaventurado Vicente. Después del milagro, durante seis días, el mismo testigo vio al niño vivo y sano, llevando las señales de todo lo sucedido. Y que esas cosas fueron y son públicas, notorias y manifiestas en dicha ciudad de Vannes y en otros lugares. Interrogado sobre el tiempo, dijo que durante el jubileo de Compostela”⁹⁵.

El padre Antist anota al referirse a este gran milagro: Este niño vino a ser fraile de Santo Domingo y predicaba muchas veces en Sicilia de la vida de san Vicente. Y en testimonio de su santidad mostraba algunas señales coloradas de la división que en su cuerpo habían quedado⁹⁶. En el museo de Bellas Artes de Valencia hay un cuadro pintado por Gaspar Huerta representando este maravilloso milagro.

“En la ciudad de Palma de Mallorca la piedad del pueblo le había quitado al santo una capa como reliquia. La cual quedó muchos años destilando medicina y con particular virtud contra las calenturas ardientes y para los partos difíciles, sacando a las pacientes de las puertas de la muerte y también valía para lanzar demonios de los cuerpos humanos”⁹⁷.

“Alina, esposa de Egidio Maletaille, nos dice que hace unos diez años vio a Juana, viuda de Juan Danion, demente, y según decían muchos, endemoniada, atada con cuerdas. Y oyó decir que esta Juana fue llevada al sepulcro del santo y allí descansó un corto rato. Poco después recobró la salud y nunca reincidió en la misma enfermedad. Este hecho milagroso dicen que fue obrado por Dios por los méritos de fray Vicente. Juana recuperó la salud y vive todavía”⁹⁸.

Igualmente, relató el testigo que una niña, de siete u ocho años, se ahogó en una balsa llena de agua, sobre la que había una gran muela para afilar las herramientas, por lo cual, buscada por los parientes por espacio de tres días, fue

⁹⁵ Proceso pp. 186-187.

⁹⁶ Antist, p. 322.

⁹⁷ Teixidor, tomo 1, p. 411.

⁹⁸ Proceso p. 267.

encontrada muerta en el dicho lugar, y así los parientes, juntamente con algunos de aquella ciudad, con máximo dolor y devoción llevaron el cuerpo de la niña al sepulcro del bienaventurado Vicente, y estuvieron allí con gran devoción y rezando, con grandísimo llanto. Colocada la niña muerta sobre la piedra que cubre el sepulcro del bienaventurado Vicente, en el mismo instante, presentes los mismos que había allí, se levantó y le fue restituida la vida, como si no hubiera tenido ningún mal. Interrogado sobre la fuente de su conocimiento, responde que estuvo presente, lo vio y oyó.

El padre Oliverio Le Bourdieu, de la diócesis de Vannes, certifica que “después de la muerte del santo, vio cómo muchos locos y endemoniados, atados y afianzados con hierros, eran conducidos a su sepulcro donde recuperaban la salud, eran soltados y regresaban sanos. El vio locos y endemoniados yacentes sobre el sepulcro y después sanos y regresando alegres. Aquello se reputaba milagro, se tocaban las campanas y todo el pueblo acudía a la iglesia para dar gracias a Dios y al santo Vicente”⁹⁹.

“Con un zapato de san Vicente curó san Luis Bertrán al venerable padre fray Vicente Más. Fue el caso que, entoldándose la iglesia para una fiesta, cayó sobre el padre Vicente Más una pesada barra, haciéndole una gran herida, que mal curada, se le iba creciendo. Un cirujano abrió con hierro el tumor y, viendo san Luis Bertrán que la curación iba con mucha lentitud, le aplicó el zapato del santo y quedó pronta y perfectamente sano”¹⁰⁰.

Perrino Hervei, alias Grasset, declaró: *Estando este testigo un sábado alrededor de las once del mediodía, hace ya 28 años, con el estómago vacío en casa de un tal Pedro Filoche en la ciudad de Vannes, le atacó de repente una enfermedad en el cerebro y en ciertas partes de su cuerpo, siendo totalmente herido y oprimido, tanto que reducido a la demencia desde ese momento, vagaba incesantemente por las calles y plazas como furioso, de modo que tuvieron que atarle las manos con cadenas de hierro. Y cree que lo atormentaba así el demonio y que no había otra causa de dicha enfermedad. Después el domingo siguiente, su señora, sus vecinos y conocidos lo encomendaron al padre Vicente y lo llevaron a su sepulcro en la iglesia de Vannes y le pusieron sobre el sepulcro y, de repente, se serenó y comenzó a dormir. La señora duquesa conservaba una capa del santo y la puso debajo de su cabeza. Tuvo un sueño en el que vio al santo que le dijo: “Hijo mío, tú estarás pronto sano”. Y poco después, despertado del sueño, se encontró sano del todo. Las cadenas y grillos de los pies, con los que había sido atado, los dejó allí en señal del milagro y*

⁹⁹ Proceso p. 212.

¹⁰⁰ Teixidor, tomo 2, p. 724.

salió de la iglesia del todo sano y hasta ahora no ha sentido más esta enfermedad” ¹⁰¹.

A Oliva de Coetal en 1420 se le murió un hijo de un año de edad. No perdió las esperanzas de cobrarle vivo, porque “se acordó de la santidad de san Vicente, cuya misa y sermones muchas veces ella había oído. Envolvió el cuerpo muerto en un lienzo y lo entregó a un criado de su casa para que lo llevase a caballo a Vannes, distante dos leguas del lugar donde ella vivía; y se fue tras el criado, a quien mandó que de cuando en cuando viese si el niño estaba muerto o vivo, pero siempre lo encontró cadáver frío. Llegando a la catedral de Vannes desenvolvió el lienzo y hallando muerto a su hijo Guillermo, lo puso sobre el sepulcro de san Vicente, diciendo estas palabras: *Ruego Maestro que, si sois santo y podéis algo delante de Dios, como yo creo y las gentes lo dicen públicamente, que me devolváis mi hijo vivo*. Hecha esta breve oración, el niño se movió, hizo buen rostro y sanó totalmente y comió ciertas cosillas que le dio el criado. Concurrió mucha gente a este milagro y con el gozo que todos recibieron, tocaron las campanas de la catedral. Vivió muchos años el resucitado Guillermo, el cual, con su hermano mayor Pedro, lo depuso en el Proceso, y cada año iba a visitar el sepulcro del santo y ofrecía allí cierta cantidad de monedas, que prometió su madre el día que san Vicente le resucitó” ¹⁰².

“En el año 1448, poco más o menos, Juan Guerre o Suere, arquero de Bretaña, recibió algunas cuchilladas en la cabeza y otras partes del cuerpo, y dentro de ocho días murió en presencia del cura de la iglesia, que llamado había venido para confesarle, y otros muchos testigos; y entendiendo todos que era muerto, como a tal le pusieron una cruz y estuvo así más de media hora. Pero doliéndose todos de su condenación (porque antes de la dolencia y en ella también había sido un blasfemo y renegado, y a lo que parecía era muerto sin arrepentimiento alguno) se inducían unos a otros a encomendarle a san Vicente que le quisiese volver a la vida presente, siquiera para que se confesase con el cura que allí estaba. Aún no se habían levantado de rogar por él, cuando ya gimió como doliéndose de la agonía y trance en que se había visto, y dijo: *Los demonios con horribles figuras me han atormentado y el Maestro Vicente, vestido de ropas blancas, los ahuyentó y me ha vuelto a esta vida*. Confesóse inmediatamente y después otras muchas veces, y de allí a quince días curó de las heridas y a pie descalzo fue al sepulcro de san Vicente para hacerle decir una misa de gracias y ofrecerle un cirio. Este milagro le deponen en el Proceso seis personas que lo vieron” ¹⁰³.

¹⁰¹ Proceso pp. 207-208.

¹⁰² Teixidor, tomo 2, pp. 665-666.

¹⁰³ Teixidor, tomo 2, pp.667.

“Guillermo Rauxel, hijo de Oliverio, niño de cuatro años, andaba algo enfermo y un día miércoles por la mañana del año 1448, poco más o menos, perdió el habla y vino a tal extremo que murió, según lo juzgaron por las pruebas acostumbradas a hacer en tales circunstancias. Su madre Catalina le tuvo en casa sin enterrar hasta el otro día jueves por la mañana y, aunque algunos la reprendían porque no lo hacía enterrar, ella, acordándose de algunos milagros de san Vicente, rogó a su marido Oliverio fuese a visitar su sepulcro. Fue, y habiendo encendido una vela junto al sepulcro, volvióse a casa sin alcanzar nada. Su mujer entonces fue apresuradamente al convento de los padres Menores, que estaba cerca de su casa, y encomendó allí que dijese una misa delante de la imagen de Nuestra Señora, prometiendo su hijo a la reina de los ángeles y a san Vicente Ferrer. Hecho esto, ya como desconfiada, volvió a su casa para hacerle enterrar. Todavía tenía unos movimientos de esperanza y así hizo voto de nuevo a san Vicente que, si lo alcanzaba, cada año le presentaría cierta moneda como en rescate de la vida del niño. Entrando, pues, por la puerta, diciéndole que su hijo se estaba ni más ni menos de la misma forma que cuando ella salió de casa, se entristeció grandemente por ver que de nada servían todas sus diligencias. Estando en esto, el niño Guillermo habló, pidióle de comer, diciéndole cómo ya estaba vivo y sano.

Juan Coento, labrador, con juramento, depuso en el Proceso que Perrina, su mujer, estuvo muy enferma quince días en un lugar de Bretaña y al cabo de ellos, perdió la vista y el sentido, y en fin, murió al parecer de los que allí se hallaron presentes, que en verdad cosa es bien fácil de conocer si un hombre vive o no. Su marido Juan, con la tristeza de la muerte de su mujer, salió de su casa y subióse a un montecillo, del cual se podía ver el campanario de San Pedro de Vannes, donde está enterrado san Vicente. Arrodillado, pues, allí con grande fe comenzó a rogar a san Vicente le quisiese ser buen medianero con Dios para que su mujer volviera a esta vida y que él prometía de visitar su sepulcro a pies descalzos, vestido de ropas blancas, y que ofrecería allí una imagen de cera. Vuelto a casa halló a su mujer muerta como antes, porque Dios quería que se viese la fe y esperanza de este hombre. Y perseverando siempre en pedir con muchas lágrimas y gemidos esta merced, al cabo de una hora que era vuelto a su casa y de dos que la mujer era muerta, ella abrió los ojos y comió y al otro día por la mañana se halló tan fuerte, que pudo atender a todas las cosas de casa como antes que enfermase. Y dice muy bien el marido de ella en el Proceso que, aunque san Vicente no la resucitara como la resucitó, fuera muy grande milagro haberla sanado tan súbitamente de tan grave enfermedad...

En el año 1450, poco más o menos, una mujer en Bretaña, teniendo a Estefanía, su hija, que andaba enferma en sus brazos, se le murió en ellos. Y viéndola muerta, mandó hacer una cruz de madera para enterrarla, según es uso de aquella tierra. Pero hecha ya la cruz, hizo voto a san Vicente que, si volvía el

alma al cuerpo, se la llevaría vestida de lienzo blanco con la cruz que le tenía hecha y una imagen de cera. ¡Cosa maravillosa! Media hora después la niña Estefanía apareció viva”¹⁰⁴.

“En 1450, un niño llamado Ivo, después de tres días de enfermedad, perdió la habla y movimiento y se quedó frío y en espacio de una hora no resolló. Pero una parienta suya prometió a san Vicente que, si lo resucitaba, lo llevaría a su sepulcro desnudo en camisa sola (como es costumbre de los bretones, cuando se ofrecen a los santos), ofreciendo allí una candela de cera. Luego volvió el niño de muerte a vida y abrió los ojos, mas no habló casi en espacio de tres horas. De allí a dos días cumplió el voto que se hizo por él y se volvió del sepulcro a su casa totalmente sano.

En el año 1452 Nicolás de Conutis, juez de Computos del duque de Bretaña, teniendo a Francisca, niña de dos años muy enferma, de cuya enfermedad murió, o si no murió, se vieron casi todas las señales que se suelen ver en un muerto, cerrados los ojos y boca, fría, yerta, descolorida. Su padre mandó hacer el féretro o cruz de madera, que en aquel país se estila, para enterrarla. Todavía él y su mujer, acordándose de los muchos milagros que hacía san Vicente, con el deseo que tenían de verla viva prometieron y votaron de llevarla al sepulcro y ofrecer un cáliz de dos marcos de plata; añadiendo la madre por su parte, ir a pie descalzo vestida de ropas blancas si el santo la resucitaba. Hecho el voto, la niña volvió en sí sana y buena, y vivía aún en el año 1452 en que se depuso el milagro, y su madre fue a pie descalzo y vestida en camisa, desde el lugar de Rochefort en que vivía, seis largas leguas distante de Vannes, aunque era tiempo de invierno y muy frío, pero el gozo del milagro hizo que pasase por todo alegremente. Y por la puntualidad de cumplir fielmente el voto mereció ver a su hija viva, sana y buena por largos años”¹⁰⁵.

“Una mujer de sesenta años de edad estuvo ciega totalmente y encomendándose a san Vicente alcanzó la vista. El testigo que lo depone dice que la encontró en la calle ya curada y que la acompañaba otra mujer casada con un hijo de la curada, y que ambas le refirieron que había estado totalmente ciega y que entonces iban a cumplir el voto hecho de visitar el sepulcro del santo...

Otro hombre en el mismo año perdió la vista del ojo derecho por un golpe que recibió tropezando con un madero; hizo voto al maestro Vicente y luego sanó. Juan Damon en el mismo año perdió casi del todo la vista y visitando devotamente el sepulcro del santo la cobró”¹⁰⁶.

¹⁰⁴ Teixidor, tomo 2, pp. 668-669.

¹⁰⁵ Teixidor, tomo 2, pp. 671.

¹⁰⁶ Teixidor, tomo 2, pp. 680.

“Un prodigioso milagro obró el santo con la reliquia de su zapato. Hallábase en el año 1588 en Valencia herida de apoplejía Isabel Juana Zamora, doncella, baldada del lado derecho y tan acabada, que ni podía mover pie ni mano, ni abrir la boca y el ojo derecho casi perdido. Fuéronla a visitar el día de san Juan Bautista por la tarde dos religiosos de Predicadores, los venerables padres fray Francisco Sala y fray Andrés Alberó, con el zapato de san Vicente que pusieron sobre el rostro de la enferma y, habiéndole dicho los Evangelios y algunas oraciones, dijo ella: *Ya parece que veo bien de este ojo enfermo. Muy posible es* (dijo el padre Sala), *porque es poderoso para alcanzar salud san Vicente*. Rogó ella que le pusiesen otra vez la reliquia y, mientras la tuvo, dijeron los religiosos el *Te Deum laudamus*; y antes que ellos se fueran, estuvo tan buena y libre de la enfermedad como si nunca la hubiera tenido”¹⁰⁷.

“María Martínez, el año 1731 dio a luz el día de san Vicente Ferrer un niño monstruoso, porque estaba hinchado, cárdeno, frío y a su parecer muerto, de suerte que le quitaron de su presencia, porque no se afligiese con su vista. Ella a sus solas rogaba a san Vicente por el niño, y decía que su hermano la había engañado diciéndole que tuviese más devoción a san Vicente que a san Ramón Nonat, pues en este conflicto no le socorría; y dijo a san Vicente: *Santo mío, dadle vida para que reciba el bautismo, después siquiera muera; si no me socorréis no tengo de ir más a misa a dominicos ni me engañarán más estos frailes con su santo, pues no es tan milagrero como dicen*. Joseph Herrero de edad de 38 años, que se hallaba con la partera, testificó cómo el niño estaba hinchado, negro, frío y al parecer de la partera y suyo muerto, pues estaba postrado y los miembros caídos. Al principio invocaron a muchos santos; al tiempo que la partera lo tenía a la lumbre, haciéndole varios remedios, llamaba con instancia a san Vicente y volvió después del espacio de tres cuartos (como ella explica) como un relámpago y quedó repentinamente deshinchado en su ser y de cárdeno en blanco y hermoso, como se mantenía en el año 1733, atribuyéndolo a milagro del santo”¹⁰⁸.

El mismo padre José Teixidor declaró: En 175 hizo el santo dos milagros. “El uno en una mujer que padecía flujo de sangre. Se hizo llevar un poco de aceite de la lámpara del santo, se ungió con él todo el vientre y un poco del aceite que sobró, se lo bebió. Inmediatamente se vio libre de su mal y no lo padeció más. El otro en un sordo que estaba arrodillado delante de la imagen, salió el muñidor (andador en valenciano) que cuida de la iglesia y Cofradía de los Carniceros, y viendo lo que el sordo decía y pedía al santo, le ofreció y convidó a que se pusiera aceite de la lámpara en las orejas; hízolo e inmediatamente oyó con toda perfección y empezó a dar gritos, vitores y alabanzas al santo, de suerte

¹⁰⁷ Teixidor, tomo 2, pp. 723.

¹⁰⁸ Teixidor, tomo 1, p. 436.

que se alborotó todo el Barrio y Plaza dicha de Pelliceros, siendo todos testigos de que había recobrado el oído el que todos conocían sordo. Ya el año antes con el mismo aceite había curado un niño, que desde que nació estaba muriendo, quebrado, cabeza abierta, y a sentir de médicos cirujanos y comadres, muerto le daban y sin poder vivir. Le ungieron con el aceite de la lámpara y de repente sanó.

Añado otro caso que me refirió el muy reverendo padre Presentado fray Pedro Pascual Carlonella, Prior actual de este Real Convento, y que él le predicó en la misma capilla de dicha Cofradía en fe de habérselo asegurado muchas personas de fe y crédito como cosa poco tiempo sucedida. Y fue que pasando por enfrente de dicha Cofradía un pobre hombre de fuera de Valencia, que por loco lo llevaban a las jaulas del Hospital General, y habiéndole hecho entrar en la capilla, haciendo oración por él, lo ungieron con aceite de la lámpara del santo, cobró el juicio y sin pasar al hospital, bueno y sano se volvió a su casa”¹⁰⁹.

16. SU CANONIZACIÓN

San Vicente Ferrer predijo a Alfonso de Borja que sería Papa y lo iba a canonizar. El historiador Antist escribió: *Un hombre le trajo a Valencia un sobrino para que lo bendijese y el santo le dijo: “Enviad a este niño a las escuelas, porque vendrá a ser Papa y me honrará grandemente”... Pasados algunos años fue el mozo en compañía de otros a besarle la mano y entonces le dijo: “Me alegro, hijo, de tu bien, has de ser Sumo Pontífice y me has de canonizar”*¹¹⁰.

De hecho ese joven, Alfonso de Borja llegó a ser Papa con el nombre de Calixto III y lo canonizó en Roma el 29 de junio de 1455. El día de la canonización el Papa hizo una solemne procesión desde el templo del convento de Santa María de la Minerva al de San Pedro en el Vaticano, con todo el clero, cardenales, Prelados, la Corte y pueblo romano. Y en ella con indecible devoción de todos los que asistían, imploró el divino auxilio y favor contra los turcos, y se creyó que aquella rogativa aprovechó muchísimo para refrenarlos. Dio orden a todos los Prelados de la Iglesia para que celebrasen su fiesta el 6 de abril, pero luego la colocó el cinco, día en que murió el santo. Y Benedicto XIII, por su decreto de 5 de abril de 1726 mandó que se celebrase su fiesta en ese día con Rito doble por todos los seculares y regulares de ambos sexos, que están obligados a las Horas Canónicas.

¹⁰⁹ Teixidor, tomo 2, p. 835.

¹¹⁰ Antist, p. 137.

“El mismo día en que fue san Vicente canonizado en Roma, manifestó el Señor su gloria; obrando este grandioso milagro (entre otros) en la ciudad de Vannes. Con la noticia que el obispo y Cabildo de esta ciudad tenían de que en Roma se había de canonizar el 29 de junio a su Patrono san Vicente, celebraron ese día con la solemnidad y regocijo que no cabe en la ponderación humana su Canonización. Sacaron para eso del sepulcro su venerable y virginal cuerpo, y le hallaron tan entero, limpio, incorrupto y tratable como estaba cuando murió, habiendo pasado ya treinta y seis años que yacía en el túmulo. Hallaron así también incorruptos y enteros su hábito y capa. Colocáronle para el Oficio delante del altar Mayor, patente a todos, y debajo de la capa le pusieron dos difuntos, el uno de nueve horas de muerto y el otro de sesenta. Empezóse luego a celebrar la misa mayor con la solemnidad que pedía tan gloriosa función, asistiendo a ella todo el lugar; y antes que se concluyese la misa, con admiración y pasmo de aquel grande concurso, resucitaron con perfecta salud ambos difuntos y públicamente confesaron cómo habían visto que Cristo Señor Nuestro, de su mano coronaba en el cielo a su querido siervo san Vicente. En el retablo antiguo que teníamos en este convento de Valencia, se expresaban de pincel las resurrecciones de estos dos difuntos y hoy se expresan en uno muy antiguo del santo en nuestro convento de san Onofre, vecino a la ciudad de Valencia.

A este milagro sucedieron otros muchos y, como dice el capellán del rey don Alonso V y el Maestro Gómez, entre ellos un deudo del duque de Bretaña, que estaba leproso, tocando el cuerpo del santo quedó limpio y sano. Y un ciego de nacimiento cobro de repente la vista, invocando al santo”¹¹¹.

17. TRASLADOS

En 1456, el obispo de Vannes, quiso trasladar el cuerpo del santo de su primer sepulcro a otro elevado y majestuoso. Se celebraban 37 años del fallecimiento del santo y se hizo con una solemnidad extraordinaria. Y la iglesia se constituyó en un santuario de los más célebres de Europa, adonde acudían de todas partes a implorar bendiciones a san Vicente Ferrer. Con el motivo de su traslación, Dios bendijo a los asistentes al ser testigos presenciales de algunos milagros realizados por intercesión del santo.

Pocos años después, sacaron de nuevo el cuerpo del santo para colocarlo en un altar aparte, dejando la urna de mármol con algunos huesos para que los fieles que orasen ante el sepulcro, no se engañaran.

¹¹¹ Teixidor, tomo 2, pp. 591-592.

A san Vicente Ferrer algunos lo llaman el segundo san Pablo. En el Proceso de canonización se presentaron unos 860 milagros, de ellos 16 resurrecciones de muertos. San Antonio, arzobispo de Florencia, habla de 28 resurrecciones de san Vicente, pero que hubo muchas más. De convertidos herejes, apóstatas y pecadores. Algunos autores hablan de 200.000 entre ellos muchos judíos y también moros, incluidos 70 casos de endemoniados liberados según el Proceso. .

CONCLUSIÓN

Después de haber leído la vida de san Vicente Ferrer, podemos alabar y glorificar a Dios por las maravillas que hizo en Europa por medio de sus predicaciones y milagros. Dios le concedió abundantes carismas y por eso, eran tantos los pecadores que se convertían, al igual que judíos y musulmanes.

Al leer tantos prodigios realizados por Dios por su intercesión, uno puede preguntarse: ¿Por qué no suceden estos hechos en nuestro tiempo? Ciertamente que la falta de fe generalizada es un obstáculo para las manifestaciones de Dios. No obstante, Dios sigue enviando a la Tierra grandes profetas y santos modernos como en otras épocas de la historia. Leamos la vida de Juan Pablo II, Juan XXIII, santa Teresa de Calcuta, el Padre Peyton, san Andrés Bessette, el Padre Pío, san Maximiliano Kolbe, santa Faustina Kowalska, santa Teresa del Niño Jesús y tantos otros.

Ojalá que la lectura de todos estos santos modernos aumenten nuestra fe. Dios sigue actuando en el mundo. Los santos, aunque estén ya en el cielo, siguen bendiciendo a sus devotos en la Tierra. Ellos están vivos y nos aman e interceden por nosotros.

Pidamos al Señor que aumente nuestra fe y podremos ver milagros, si pedimos ayuda con fe y esperanza. Porque Dios es un padre amoroso que nunca desatiende nuestras súplicas, aunque no nos dé exactamente lo que le pedimos, sino lo que más nos conviene.

Que seas santo y feliz con Dios en tu vida y en tu corazón, es mi mejor deseo para ti. Que Dios te bendiga. Saludos a tu ángel custodio de parte de mi ángel.

Tu hermano y amigo para siempre.
P. Ángel Peña O.A.R.
Agustino recoleto

